

que salía del jardín, respondió á su ofrecimiento sacando del bolsillo dos sueldos que le puso en la mano, diciendo:—Guarda tu papel, hijo mio.

Santiago se acordó inmediatamente del caballero del mostrador, y se puso colorado como una cereza.

—No pido limosna, señora, dijo con tono respetuoso; trato de ganarme la vida honradamente. Tome Vd. los dos cuadernillos, se lo suplico, respondo de que valen tanto como los de las tiendas más elegantes.

La jóven se sonrió.

—Muy bien, hijo mio, muy bien, repuso, vuélveme lo que te he dado y dame veinte cuadernillos.

Y diciendo esto trocó la pieza de dos sueldos por una de veinte, tomó los veinte cuadernillos que Santiago habia contado con cuidado y subió á un coche, que un lacayo habia mandado acercar.

—¡Que Dios la proteja! murmuraba Santiago, atravesando con la ligereza de un pájaro la plaza del Carrousel; me hace ganar más de dos sueldos sin convertir en un pordiosero al sobrino de Francisco Morlot. Que venda ó no los dos cuadernillos que me quedan, tengo que tratar de llegar al depósito de la fábrica antes que anochezca para renovar mi surtido.

Caminaba, pues, con la mayor ligereza posible, cuando al llegar á la calle de la Universidad sintió caer sobre sus manos algunas gotas de agua. Se apresuró á poner al abrigo de su chaqueta los cuadernillos de papel que le quedaban; pero en menos de cinco minutos estalló la nube, que desde la mañana oscurecía el horizonte, y al resonar la primer tronada empezó á llover á cántaros.

Santiago se vió obligado á seguir el ejemplo de una porcion de transeuntes que se refugiaron en un portal. La lluvia iba en aumento, hasta tal punto, que el arroyo que corría por la calle se convirtió bien pronto en un verdadero rio.

Muy contrariado por la parte que le tocaba, pues llevaba el pantalon y la chaqueta nueva, no dejaba por eso Santiago de

prestar oído á las lamentaciones de sus compañeros de infortunio, pensando al mismo tiempo que todos ellos podían mudar de traje al volver á casa, siendo él el único que no podía consolarse con esta esperanza.

Si estuviese solo, decía un caballero condecorado dirigiéndose á su mujer y á su hija, vestidas ambas con la mayor elegancia, si estuviese solo poco me importaría, pues esta agua no puede durar mucho tiempo con igual fuerza; pero no sé cómo hareis vosotras para volver á casa á pié.

—¡A pié, padre mio! nos es completamente imposible tanto á mamá como á mí, con los zapatitos que traemos, sin contar con que echaríamos á perder los vestidos.

—No podemos pensar en eso sino en caso de que cesase la lluvia, repuso el padre.

—Aunque la lluvia cesase, las calles no quedarían secas en todo el día, respondió la hija, cuyo mal humor se aumentaba cada vez que un nuevo relámpago surcaba el horizonte; estamos condenados á permanecer aquí hasta la noche. ¡Dios mio, qué idea tan mala se nos ha ocurrido al decidirnos á hacer esa visita hoy!

—Me parece que va calmando un poco, dijo la madre al cabo de algunos minutos; y en efecto, la lluvia caía ya con ménos violencia.

—Si llega á calmarse, acaso quiera nuestra buena estrella que pase un coche de alquiler, y podremos meternos en él.

—Si mamá, repuso con vivacidad la jóven, hubiese querido entrar en el café que yo decía cuando empezaron á caer las primeras gotas, mandaríamos á buscar un coche por uno de los camareros, que no hubiese rehusado ganar unos veinte sueldos, y nos hubiera sacado del paso.

—No podíamos entrar contigo en un café, hija mia, respondió la madre; á la edad que tienes y....

Santiago no escuchó lo restante del discurso. Demasiado enseñado estaba ya á ejercer el oficio de demandadero, sin sacar grandes utilidades, para vacilar en volverle á practicar en tan buena ocasión; así es, que se acercó á las dos señoras y les ofreció irles á buscar un coche.

—¿Está muy lejos la plaza, amiguito? preguntó el caballero condecorado.

—Que esté ó no cercana, señor, iré de plaza en plaza hasta traer un coche.

—Dejadle ir, padre mio, dejadle ir, dijo la jóven, puesto que manifiesta tan buena voluntad de sernos útil; estoy convencida de que sabrá encontrar coche.

—Aun llueve mucho, amigo mio, añadió la madre, y aun puede durar el agua largo tiempo.

—Pues bien, ve pronto, repuso el caballero, nos volverás á encontrar en este sitio.

Santiago echó á correr inmediatamente, como si sus piernas hubiesen cobrado nuevas fuerzas. Recorrió en vano las dos plazas que conocia en las cercanías; pero al encaminarse de nuevo hácia el muelle, esperando encontrar allí siquiera fuese un cabriolé, vió junto á una puerta á dos sugetos que estaban pagando á un cochero de cuyo carruaje acababan de apearse.

—¡Se os dará una buena propina, gritó al cochero metiéndose en el coche vacío; llegaos á la calle de la Universidad, á dos pasos de aquí!

Cuando la familia que se desesperaba en el portal vió regresar á Santiago triunfante, pero empapado en agua hasta los huesos; una exclamacion de alegría le dió á entender que no contaban con él tan pronto, y cuando la jóven, despues de haber tomado asiento en el carruaje con sus padres, le dijo: «Esto es para tí,» se quedó como petrificado al verse con una moneda de cuarenta sueldos en la mano, y exclamó lleno de alegría: ¡preciso es confesar que hoy estoy de suerte! Buen dia ha sido este, y si mis vestidos se secan bastante á tiempo para que pueda ir esta tarde á la fábrica, mi dicha habrá sido completa; pero no me atrevo á presentarme en ella en el estado en que me hallo.

Por poco graciosa que acostumbrase á mostrarse la Sra. Gervais, no dejaba de tener de vez en cuando sus momentos de amabilidad, y Santiago habia sido en todas ocasiones lo más servicial que habia podido para con ella, hasta el punto de haberla lim-

piado gratis durante el invierno sus dos chimeneas, de suerte que se iba haciendo ménos dura con él, y que no solo le dirigia muy amenudo la palabra cuando le veia atravesar el patio, sino que, cosa mucho más extraordinaria aún, habiendo alterado la salud del pobre niño el pesar y las fatigas, un dia que habia puesto cocido le hizo tomar caldo. Santiago, que recordaba haberla dejado por la mañana ocupada en planchar, no perdió pues las esperanzas de que con sus consejos y aun con su auxilio material, le ayudase á secar la ropa que de mojada se le pegaba al cuerpo.

En cuanto se le ocurrió esta idea, volvió á emprender la carrera hácia el arrabal de San Antonio. La Sra. Gervais se hallaba aún en la sala baja del patio; acababa de mudar de plancha para concluir su tarea, cuando al echar una mirada al patio, reparó en él y soltó una gran carcajada. Alentado por esa prueba de buen humor, penetró en la salita.

—¡Válgame Dios, cómo vienes! dijo la buena mujer. Has tomado acaso un baño sin desnudarte?

Santiago le contó en pocas palabras de qué modo, al faltar el hollin en las chimeneas, se habia convertido en mercader ambulante de papel, lo que le exponia naturalmente á mojarse cuando llovía. Luego la suplicó le dijese qué tiempo tardaría en su concepto en secarse la ropa que traía puesta.

—Una ropa en ese estado necesita cuando menos dos dias para quedar bien seca, respondió ella.

—¡Dios mio! exclamó Santiago; cuánto tiempo perdido, si no vuelvo esta tarde á renovar mi surtido de papel, ahora que le he vendido todo.

—¡Le has vendido todo! ¿y en cuánto dinero? preguntó la Sra. Gervais, que deseaba averiguar si el nuevo oficio de su inquilino aseguraba el pago del cuarto que le alquilaba.

—En cuarenta sueldos.

—¡Cómo, cómo! ¿ya vendes cuarenta sueldos de papel al dia? Sabes que es magnifico eso, hijo mio.

—Espero ganar mucho más dentro de poco tiempo, dijo Santiago, que auguraba bien del porvenir en vista del buen éxito

que habia tenido aquella mañana; y si llego á hacerme rico, he de pagar á Vd. el lavado y planchado de mis camisas, señora Gervais, estad segura de ello.

Hay que hacer justicia á la Sra. Gervais, menos la alhagó aquella promesa que el sentimiento de gratitud y de probidad que la habia dictado.

—Escucha, dijo; mientras que concluyo esta chambra, que es la última pieza que aun me queda por planchar; ve á poner tus andrajos de limpia-chimeneas; tráeme lo que ahora tienes encima, y como aun están calientes las planchas, te lo voy á secar.

—¿Para esta tarde?

—Para dentro de un cuarto de hora.

—¡Ah! Sra. Gervais, exclamó Santiago, ¡qué buena es Vd.! Si no temiese mojarla, la abrazaria de buena gana.

Y dicho esto, se plantó de un salto en su desvan, y no tardó en hallarse de vuelta, trayéndose, no solo la ropa mojada, sino los dos cuadernillos de papel que en vano habia tratado de librar de las injurias del agua.

—¡Oh! en cuanto al papel, dijo la Sra. Gervais, no hay remedio para él. Hay que dejarle que se seque solo, y tratar de despacharle entre otros cuadernillos que estén en buen estado.

—No, no, repuso Santiago con vivacidad, sería exponerme á perder todos los parroquianos que pienso ir haciendo, cosa muy fácil de esplicar. Cuando me regalo con dos sueldos de patatas fritas, siempre voy por ellas á casa de la tia Francisca, porque todo el mundo sabe que siempre las vende buenas. Para que llegue á enriquecerme, es preciso que digan en muchos barrios de la ciudad: « Compradle á Santiaguillo el papel que necesitais; nunca le vende malo. »

—Es posible, es posible; respondió la Sra. Gervais, poniéndose á planchar la chaqueta que antes habia retorcido con todas sus fuerzas.

—Es cierto que de este modo pierdo dos sueldos, prosiguió Santiago; pero qué importa, no puede ambicionar nadie el que le vengan todas las dichas á un tiempo.

—No te hubiera sucedido eso, repuso la lavandera, si hubieras tomado la precaucion de encerrar tu papel en una cajita.

—¡Una cajita! exclamó Santiago, ¿es que no sabe Vd., señora Gervais, que hace tiempo que no sueño más que con ella? Pero es cosa que sin duda cuesta mucho dinero, ¿eh?...

—Segun; hay cajitas de muchos precios; pero la que te conviene, puedes comprarla de lance por quince sueldos.

—¿Por quince sueldos? dijo Santiago brincando de alegría; ¡oh! ¡Sra. Gervais, mi buena Sra. Gervais, si pudierais comprarme una!... Tome Vd., hé aquí veinte sueldos, Vd. lo entiende y tiene aire respetable, mientras que yo, soy tan pequeño, que me toman por un niño, y tratarán de engañarme. Tiene Vd. mucha razon, mi papel no se echará á perder con la lluvia, y además, en teniendo uno una caja, se parece á un comerciante.

La Sra. Gervais cogió la moneda de veinte sueldos, y le prometió ocuparse de ello aquella misma noche.

Por interesante que fuese para Santiago aquella conversacion, no habia impedido que la labor fuera adelantando, y bien pronto pudo subir de nuevo á su cuarto (despues de haber dado más de veinte veces las gracias á la Sra. Gervais) para ponerse el traje nuevo, tan seco ya y tan limpio como se hallaba el dia anterior, y echar á correr en direccion al almacén.

Aun no eran las siete de la tarde, y ya estaba cerrado. Sorprendido Santiago, interrogó á la portera de la casa, que le explicó muy detenidamente que el depósito de papeles se cerraba todos los sábados á las seis, y no volvía á abrirse hasta el lunes por la mañana.

—Comprendo que no despachen el domingo, dijo Santiago; pero el sábado por la noche....

—¿Pues qué, el Sr. Dufлот no ha de arreglar las cuentas de toda la semana? repuso la vieja; y no es cosa de un momento el poner al corriente los libros de una casa de comercio tan importante. Bien enterada estoy yo de ello; mi hijo trabaja en casa del Sr. Dufлот.

Y pronunciando estas palabras, irguió la cabeza con orgullo.

—Segun eso, el Sr. Dufлот es el dueño de este almacén, preguntó Santiago que con facilidad conoció que la portera era algo habladora.

—El Sr. Dufлот es sócio del Sr. Grandín, ni mas ni ménos. Mientras que este último dirige la fábrica que está en Corbeil, el Sr. Dufлот se halla encargado del depósito de París. Luego hará quince años que no ha abandonado el mostrador; pero es cierto también que, como suelen decir, tiene muy buenos cuartos; y es muy sencillo, no hay como manejar uno mismo sus propios negocios. Además, á pesar de ser muy rico, no es orgulloso: es el hombre mejor del mundo; nunca me tropieza sin saludarme, y.....

La buena mujer, que segun las apariencias, no habia tenido en todo el dia ocasion de manejar la lengua, hubiera acaso seguido hablando durante largo tiempo á no haber llegado una vecina que al pasar entró á visitarla, y cuya conversacion le pareció sin duda preferible á la de un chicuelo que veia por primera vez, y que despidió con una sonrisa amistosa aconsejándole que volviese el lunes siguiente.

Santiago se consoló de este contratiempo, reflexionando que tampoco él hubiera salido á vender el domingo, y que por consiguiente no habia tiempo perdido. Acto continuo se puso en camino para regresar á su albergue.

La Sra. Gervais, que desde aquel dia habia formado una alta idea de su inquilino, resolvió hacer en favor suyo un noble sacrificio: tenia en casa una cajita que cerraba con dos corchetes, y que estaba como nueva, á pesar de que la servia hacia ya treinta años para guardar el hilo y las agujas, etc., etc.; no vaciló en colocar todo lo que contenia en otra caja, para ceder á Santiago, por veinte sueldos, un objeto que tan necesario le era.

Así fué como Santiago, dueño ya de tan inestimable tesoro, pudo salir el lunes por la mañana, llevando muy ufano la cajita debajo del brazo.

—¡Cómo! dijo el Sr. Dufлот al verle entrar en el almacén, ¿ya lo has vendido todo?

—Sí señor, todo, repuso Santiago, y vuelvo por el doble de lo que llevé la otra vez.

—Y obras en ello con mucho acierto, repuso el buen señor, pues llevando una resma entera, ganas un descuento de cinco por ciento.

—¿Será posible? exclamó Santiago; por consiguiente, gano ya de este modo más de dos sueldos.

—Justamente, dijo el Sr. Dufлот; que se sonrió al notar la alegría del niño.

—Se ríe Vd., señor, repuso Santiago riendo también; ya se conoce que no sabe cuánto trabajo cuesta á veces ganar dos sueldos.

—Podrá ser, dijo el Sr. Dufлот; pero al ménos sé que ganando sueldos todos los días, se acaba por ganar monedas de oro, y es lo que deseo te suceda, hijo mio, añadió devolviéndole tres sueldos de los tres francos que le habia entregado.

—Gracias, señor, gracias, repuso Santiago; los votos que forma un hombre honrado deben ser de buen augurio.

Y diciendo esto, colocaba simétricamente su papel en la cajita que con facilidad hubiera podido contener diez veces más; y dejándola abierta salió á emprender sus escursiones.

Pasaremos por alto las innumerables idas y venidas de Santiago por las calles de París; baste decir que desde aquel momento no dejó ya de serle favorable la suerte. No solo su aire gracioso y animado inducia á los transeuntes á comprar su mercancia, sino que consiguió bien pronto hacerse en distintos barrios con parroquianos que no querian comprar el papel que usaban sino á Santiaguillo. Activo cuanto inteligente, no perdía ninguna ocasion de complacer á las personas á quienes surtía, sea haciendo de buena gana ciertos encarguillos para ellas en la ciudad, sea sobre todo satisfaciendo sus pedidos en lo que se referia á su propio comercio, lo que le condujo á vender sobres y hasta lapiceros que compraba al por mayor en una excelente fábrica que le indicó el Sr. Dufлот.

Apenas habian trascurrido tres meses desde que Santiago en-

contró la moneda de cien sueldos, cuando pagó el alquiler del alojamiento, y poseía sesenta francos. Verdad es que lejos de irse metiendo en gastos inconsiderados, se había limitado á añadir cuando un pedazo de queso, cuando de salchichon; no obstante, por grande que fuese la economía que había resuelto imponerse, no pudo resistir á la oferta lisonjera que le hizo una noche la Sra. Gervais, cuya amistad y confianza se había granjeado por completo desde el dia en que con tanta amabilidad le había planchado los vestidos, y como ella por su parte le iba cobrando cada dia más cariño, le causaba sentimiento verle sopor-tar tantas fatigas sin tomar mejores alimentos. Sabiendo á ciencia cierta lo que ganaba ya cada mes, le propuso tomarle á pupilo á razon de tres francos á la semana. Esta oferta era tan seductora, que despues de haberlo pensado algunos minutos, se decidió á admitirla, seguro de que, del modo que marchaban sus negocios, las ganancias no podian ménos de ir en aumento.

Cuán agradable fué para Santiago el momento en que, al regresar de sus escursiones matutinas, se sentó por primera vez desde sullegada á París delante de una mesa, sobre la que se hallaba una buena sopa y un trozo de carne de vaca; pues la Sra. Gervais había querido celebrar de esta manera la bien venida de su pupilo. Cierto es que cinco dias cada semana era preciso contentarse con una sopa de tocino y repollo, cuando no con un plato de judías ó de patatas, pero á los ojos de aquel que hacía un año no comia sino pan seco, todas estas comidas eran esquisitas.

A Santiago le iba demasiado bien con su nuevo oficio para que pensase en volver á tomar, llegando el mes de octubre, el de limpia-chimeneas. Cierto presentimiento, imposible de definir, le decia que se hallaba en la senda que había de conducirle á la prosperidad. Grande era su alegría al notar el interés que iba tomándose por él el Sr. Dufлот, que cada vez que volvía á hacer nueva provision de papel, conversaba con él durante algunos minutos, dirigiéndole varias preguntas acerca de su modo de vivir.

Santiago respondió siempre con tanta franqueza é inteligencia,

que esas cortas conversaciones solian terminar, por parte del Sr. Duffot, con consejos afectuosos que penetraban de gratitud el corazon del pobre huérfano.

El invierno fué muy duro, pero no por eso dejó Santiago de recorrer la ciudad, no arredrándole ni las heladas, ni la nieve ni la lluvia. Conociendo que ya no podia contar con lo que vendiera á los transeuntes, pues nadie estaba de humor de detenerse en la calle con el tiempo que hacía, tuvo buen cuidado de ir á visitar á sus parroquianos, que fueron ellos mismos proporcionándole otros muchos, y así fué cómo logró surtir de papel á gran número de estudiantes del barrio de la Sorbona.

¡Cuán agradable le parecia entonces, al regresar por la noche yerto de frío, el sentarse en la pequeña estufa donde estaba cocinando la comida, estufa indispensable á la Sra. Gervais para secar en invierno la ropa tendida en la sala, y para calentar las planchas los dias en que planchaba!

—¡Oh! exclamó una vez Santiago, acercando al hogar benéfico sus piés y sus manos heladas, ¿cómo pueden decir algunos que no hay dicha en este mundo? Y calentarse cuando hay frio, y comer cuando hay hambre, no son otras tantas dichas que puede uno proporcionarse cuando quiere, solo con trabajar?

—De otras muchas debiera gozar yo que trabajo de la mañana á la noche hace ya veinte años, respondió la Sra. Gervais, que estaba de mal humor porque su sobrino acababa de caer quinto y no parecia inquilino para el gabinete que habia dejado vacante.

—Paciencia, paciencia, Sra. Gervais, repuso Santiago; ya me he hecho hoy con tres parroquianos nuevos; llegue yo á poder establecerme en un portal, y ya comprende Vd. que habiéndome ayudado, justo será que la ayude yo á Vd. tambien.

—¡Establecerte en un portal! ya sales con tu tema favorito. ¿Y aun cuando te establecieses en un portal, te parece que con eso irias muy lejos?

—Es que voy cansándome de ir muy lejos, repuso Santiago riéndose, y que de ese modo estaria sentado muy á gusto en vez

de correr todo el día como una liebre, para vender el género. Luego.....

—Luego, interrumpió la Sra. Gervais, el portal estaría sin duda lejos de aquí y tendrías que dejar la casa, y mudarte; medrados quedaríamos con eso.

—¡Ca! dijo Santiago: ya verá Vd. cómo se arregla todo, y por otra parte, aun no estamos en vísperas de que eso suceda; lo que urge más por ahora es sentarse á comer la sopa, ¿no es cierto, Gertrudis?

Gertrudis, á quien encantaba siempre la alegría de Santiago, porque era el único que se reía, se levantó, y mientras que la ayudaba á poner sobre la mesa de planchar los platos y los cubiertos de estaño, le dijo en voz baja:—Trata de establecerte en el barrio, querido Santiago, será lo mejor.

Santiago la hizo una seña de asentimiento; pero el hecho es que nunca pensaba en sus proyectos para el porvenir sin reconocer con sentimiento la imposibilidad de hacer buenos negocios tan cerca de la puerta del Trono. No obstante, como no podría antes de un año lograr el cumplimiento de sus aspiraciones, resolvió no atormentarse más por ello y dejar que la suerte lo dispusiera todo.

Santiago, que se hallaba muy contento con poder calentarse todas las noches á la hora de la cena, se consideró doblemente feliz cuando llegó á no abandonar ya la sala baja sino para ir á acostarse. Siempre dispuesto á ser útil á los seres que miraba como los únicos amigos que tenía en el mundo, ansioso tambien de proporcionarse algunas distracciones, que le arrancasen al tedio y á la soledad, se complacía en ayudar á la Sra. Gervais y á Gertrudis en las labores de casa y hasta en su mismo oficio.

A los quince años todo divierte, y por otra parte en cuanto á distracciones, el pobre niño no estaba acostumbrado á escoger. Muchas veces, mientras que la madre y la hija estaban ocupadas en coser, se aprovechaba de la luz para cultivar los talentos que habia adquirido en la escuela de instruccion primaria. Conociendo cuán necesario le era el saber contar bien, se ponía

á hacer sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, felicitándose de haber aprovechado tan bien las lecciones de los maestros. No obstante, cuando más gozaba era el domingo por la noche. La Sra. Gervais era muy aficionada á noticias, y como por su oficio de lavandera era necesariamente una de las mejores parroquianas de la lonja de ultramarinos, el tendero la prestaba de vez en cuando periódicos. La vista de la buena mujer no era ya muy buena, y su hija era quien la servia de lectora; pero cuando echó de ver que Santiago leía al menos tan bien como Gertrudis, cuando no mejor, dispuso que alternasen los dos en aquella tarea. Verdad es que el periódico era á veces de fecha muy atrasada, pero Santiago, que hacia ya diez y ocho meses se veia privado de libros, no dejaba por eso de leerle con vivísima satisfaccion.

Ya hacia dias que habia vuelto el buen tiempo, cuando una tarde, al ir á llenar de nuevo su cajita, quedó vivamente sorprendido de no hallar al Sr. Dufлот junto al mostrador, y supo que estaba enfermo de peligro.

Ese triste acontecimiento le afectó de tal modo, que no dejaba un momento de pensar en Mr. Dufлот; y todo el tiempo que duró su enfermedad, no pasó un solo dia sin que fuera á informarse de su salud. En fin, al cabo de tres semanas los médicos anunciaron que el enfermo habia entrado en convalecencia; y el Sr. Dufлот volvió poco tiempo despues á presentarse en el almacen: al volverle á ver de nuevo, Santiago no pudo ménos de dar pruebas de una alegría que le llegó al corazon.

—Ya estoy enterado del interés que has tomado por mi vida, Santiago, le dijo, y te doy las gracias.

—Yo soy quien le doy á Vd. las gracias por haberos restablecido, señor; por lo demás, ya saben que queria cerciorarme de si iba á perderle á Vd. ó no.

—¡Cómo! ¿á perderme? pero, hijo mio, nunca he hecho nada por tí; y acaso no lo hiciese sin llevarme en ello mis miras.

—Que no ha hecho Vd. nada, señor! no me lo parece á mí así. ¿No se ha compadecido Vd. de mi miseria? ¿Y sus palabras de

consuelo, sus buenos consejos? ¿Le parece acaso que se me ha borrado todo eso de la memoria?

—Eres un muchacho honrado, Santiago, dijo el Sr. Dufлот, que le cogió la mano y se la apretó. Pues bien, cómo van tus negocios? A juzgar por la cantidad de papel que has llevado durante mi enfermedad, me parece que marchan bastante bien.

—Gracias á Dios, señor, las ganancias van cada día en aumento; creo que me hallo en buen camino.

—Esa es también mi opinión, respondió el Sr. Dufлот.

Como en aquel momento entraban dos personas y se acercaban al mostrador, quedó en esto la conversacion. Santiago hizo llenar su cajon y marchó más alegre que lo habia estado en todo el mes.

No trascurrieron cuatro días sin que volviera de nuevo al almacén, y habiendo reparado dos ó tres veces su traje, el Sr. Dufлот, sin dejar de trabajar, le dijo riéndose:

—Sabes, Santiago, que tu chaqueta está agujereada por el codo, y que pide reemplazo?

—La Sra. Gervais la remienda sin embargo con bastante frecuencia, repuso Santiago.

—Lo cual es una nueva prueba de lo que digo, replicó con gracia el Sr. Dufлот. Sin embargo, hijo mio, según lo que acabas de referirme sobre tu ganancia diaria, me parece que habrás podido hacer algunas economías.

—Si, señor, he hecho economías, pero las guardo para una cosa mucho más importante.

—¿Para qué?

—Para establecerme en un portal.

Y Santiago enumeró sus proyectos y sus esperanzas si conseguía instalarse con su mercancía en una calle muy pasajera; concluyó diciendo que, según los informes que habia tomado en varias partes, tenía la probabilidad de reunir para la primavera próxima la cantidad que necesitaba.

—¡Para la primavera! dijo el Sr. Dufлот; ¿según eso piensas pasar un invierno tan duro como el pasado?

—Qué me importa, señor, respondió Santiago, Dios me ha dado brazos y piernas para servirme de ellos: «Ayúdate, el cielo te ayudará,» como decía mi tío Morlot.

El Sr. Dufлот le contempló algunos momentos, sonriendo con bondad, y continuó:

—¿Qué cantidad tienes?

—Tengo ciento diez francos, porque como comprenderá Vd. muy bien, necesitaba alimentarme.

—Y no has podido alimentarte con lujo, pobre niño.

—¡Toma! comia más amenudo pan que tortas, replicó Santiago riéndose; pero como veía aumentarse todos los días mis ahorillos, estaba contento.

—Escucha, Santiago, dijo Mr. Dufлот, después de haber reflexionado brevemente, ahora te conozco bien y quiero que te establezcas inmediatamente.

—Inmediatamente.— ¡Ah señor! eso es imposible por ahora. En primer lugar no tengo bastante metálico para comprar toda la mercancía necesaria, y luego no es fácil lograr un buen puesto en un portal por menos de cien francos anuales.

—Pues bien, te voy á prestar cien francos que me irás devolviendo poco á poco, cuando puedas; en cuanto á la mercancía, tendrás aquí cuenta abierta, y pagarás mensualmente.

—¡Es posible, Dios mio! ¿es posible que haga Vd. eso por mí? exclamó Santiago loco de alegría; ¡Vd. es un ángel que el cielo me envía!

—No, hijo mio; no soy un ángel, pero me gusta ayudar á aquellos que como tú, tienen valor y probidad.

Hablando de este modo, sacó del cajon del mostrador cinco monedas de oro que le puso en la mano, aconsejándole empezase á buscar desde aquel mismo día un sitio ventajoso.

Aunque Santiago, sobrecogido por una suerte tan inesperada, saliese del almacen sin haber podido expresar su alegría más que con lágrimas y algunas palabras entrecortadas, no dejó por eso el Sr. Dufлот de quedar convencido de que sus beneficios estaban acertadamente colocados.

Fácil es comprender que Santiago no perdió tiempo; tomó todos los informes imaginables para que se le indicara una casa cuyo propietario estuviera dispuesto á alquilarle un metro de terreno en su portal. Sus pasos no dieron resultados durante muchos dias. Es cierto que lo que aumentaba las dificultades era el ardiente deseo que abrigaba de seguir viviendo en compañía de la Sra. Gervais y de Gertrudis.

Aunque no hubiera sido este su deseo, la conversacion de todas las noches se le hubiera sugerido; mientras que la primera le hacía observar cuánto más cara le costaria la habitacion que necesitaba alquilar que su gabinete; la otra le recordaba que se veria obligado á comer en un figon, lo que le costaria doble, destruyéndole además la salud; en una palabra, ambas mujeres no cesaban en su propósito de hacerle palpables los innumerables inconvenientes de un cambio de habitacion.

Bien conozco todo eso, se decia Santiago, que tendré que vivir solo, y que además tendré el sentimiento de no volver á hallarme con esta compañía todas las noches; pero es preciso armarse de resolucion; si no encuentro una buena calle en este barrio, tendré que buscar cualquier otro.

Santiago contaba entre sus parroquianos la portera de una hermosa casa de la calle de San Antonio; pero no habia dirigido hácia aquel punto sus investigaciones, en atencion á que el portal estaba ocupado ya por una anciana que vendia ligas y peines; mas como él proveia tambien á uno de los inquilinos, maestro de primeras letras, que la semana anterior le habia pedido seis manos de papel de escribir, no quiso tardar más tiempo en llevárselas.

Al llegar delante de la puerta, quedó muy sorprendido de no hallar ya la tiendecita, y en cuanto penetró en la porteria, dió los buenos dias á la portera, preguntándola qué habia sido de la anciana que ocupaba aquel puesto.

—¡Ay! respondió la portera, la infeliz mujer ha muerto hace tres dias; ayer la enterraron, y pasado mañana se venderán los muebles de su habitacion y sus mercancías; porque su heredera es una jóven que no lo necesita.

—¿Y quién va á ocupar su puesto? preguntó Santiago.

—A fé mia, no lo sé, la primer persona que se presente, con tal que sea de confianza y pague bien.

—¿Cuanto pagaba la mujer? repuso Santiago, cuyo corazon latía con violencia.

—Ochenta francos por el portal y ciento veinte por la habitacion. Soberbia habitacion en el cuarto piso....

—¡Oh! Sra. Provost, Sra. Provost! exclamó Santiago abrazándose á la portera; ¡Vd. puede prestarme un servicio que no olvidaré en mi vida! Si consiguiera que obtuviese yo el portal, mi suerte estaría hecha: Vd. me conoce bien, ¿no es cierto? sabe que se puede tener confianza en mí; pregunte Vd. sino al Sr. Dufflot, ese gran fabricante de papel que es tan rico, la dirá á Vd. que soy un muchacho honrado; estoy seguro de ello; voy á darla sus señas; y además, añadió sin tomar aliento, porque sus ideas se sucedian con una rapidez adecuada á las circunstancias, pagaré los ochenta francos adelantados si es preciso; de suerte, que estará Vd. muy tranquila.

—¿Ochenta francos? dijo la Sra. Provost; ¿y la habitacion?

—¡Oh! la habitacion es demasiado cara para mí, ya lo comprende Vd.; puede alquilarse por separado.

—Eso ya se ha hecho otras veces, replicó la portera; no está ahí la dificultad, pero si no tienes cuarto en la casa, ¿dónde encerrarás por la noche tus géneros?

—Quizás me den un rinconcito para colocar mi mesa, y la caja que se pondrá debajo cerrada con llave; ¡es tan grande la casa! En una cochera, bajo un cobertizo, en una cuadra....

La Sra. Provost movió la cabeza de un modo que cortó la palabra á Santiago.

—La cochera, el cobertizo, las cuerdas, todo está alquilado á inquilinos que no dejarán colocar nada; así que, amiguito mio, no hay que pensar en ello porque es imposible.

Al oír estas palabras, el pobre niño dejó caer los brazos como anonadado, y el pesar, el desaliento hicieron palidecer su lindo rostro. La Sra. Provost le contempló entonces durante algunos mi-

nutos con cierto enternecimiento. Aunque hacía pocos meses que le conocía, había tenido ocasion de tratarle y apreciar al *pequeño mercader*; de modo que renunciaba con sentimiento á la idea de verle establecerse en la casa.

—Quizás haya modo de arreglar este asunto, dijo despues de un poco; y al verle fijar la mirada en ella con la boca abierta para devorar las palabras que iba á pronunciar, añadió:—Creo que podria colocarse tu mesa, si no fuera demasiado grande, en la salita que está detrás de mi portería y me sirve de cocina.

—Como aun no está comprada la mesa, dijo Santiago, clavando en ella una mirada embelesada, y recobrando sus colores, si tiene Vd. la bondad de hacer esto por mí, Sra. Provost, tomaríamos la medida.

—Justamente; ahora falta saber si el señor querrá alquilaros su portal: yo no respondo de nada, hijo mio.

—¡Es igual, es igual, mi buena Sra. Provost! exclamó Santiago, cogiendo las manos de la portera y besándolas con efusion; que esto se consiga ó no, Dios se lo premiará á Vd. lo mismo, porque si no se consigue, sabe por lo menos, que Vd. lo ha intentado.

La conversacion que siguió, no hizo más que aumentar el deseo que tenía Santiago de conseguir su pretension. Todo lo que decia la Sra. Provost le probaba que el puesto era excelente; puesto que no tan solo la pobre difunta hacía muy buenos cuartos, sino que un vendedor de cintas de seda le habia dejado para establecerse en una tienda.

Santiago no ocultó nada á la Sra. Gervais y á Gertrudis de su alegría, de sus esperanzas y de sus temores. Como el éxito de esta última tentativa no le separaba de ellas, ambas se interesaron vivamente en cuanto les refirió, y formaron ardientes votos por su establecimiento en la calle de San Antonio.

Ansioso de ver llegar el nuevo dia, Santiago estuvo mucho tiempo sin poder cerrar los ojos, cosa que no acostumbraba. Una multitud de planes para el porvenir, y de recuerdos del pasado, cruzaban por su imaginacion infantil; se le figuraba estar

viéndose á sí mismo cuando llegó á París, pobre, huérfano, abandonado en esta gran ciudad, sin protección y sin pan; del fondo de su alma daba gracias á la Providencia que tan visiblemente le había protegido, y bendecía á los que le habían ayudado y socorrido. «Y á pesar de todo, decía él para sus adentros, hay quien afirma que hay muchos malvados en este mundo; entonces es preciso que haya tenido yo mucha suerte, pues aun no he tropezado sino con gente buena.» Santiago se durmió arrullado por tan risueña idea, sin reflexionar que era bueno él mismo, y que nuestra bondad para con nuestros semejantes, nos granjea su simpatía.

Al otro día por la mañana, aun dormían la mayor parte de los vecinos de París, cuando ya echó á correr hácia casa de la señora Provost; el semblante satisfecho de la portera le dió inmediatamente á conocer que todo iba bien.

Ola, dijo al verle llegar, ya tenemos el negocio arreglado; el cuarto está ya alquilado desde anoche, y podreis estableceros en el portal dando veinte francos cada tres meses. Cierto es también que he salido yo fiadora por vos, hijo mio, acordaos de ello, y que vuestra buena conducta...

Fácilmente se comprende cuántas serían las protestas de sumisión completa y las repetidas gracias con que Santiago interrumpió el discurso de la Sra. Provost, quien, despues de haber conseguido calmar los trasportes de su gratitud, le enseñó el sitio de la cocina en que podia caber una mesita, que resolvió comprar inmediatamente.

Gracias al auxilio que le prestarón la Sra. Gervais y Gertrudis para acelerar los preparativos de este establecimiento, todo lo que necesitaba se halló listo en menos de una semana. Entonces llegó el día feliz en que Santiago, vestido de nuevo de piés á cabeza, se sentó junto á un escaparate lleno de papel de todos tamaños, de plumas, de lapiceros y de obleas.

Todas las tardes á las seis, y más temprano cuando volvió el invierno, volvía á meter en la salita de la Sra. Provost su mesa y la caja que la cubria; terminada esta operacion, iba á comer al ar-

rabal con sus dos amigas, que bien pronto pudieron felicitarse con él del aumento que iban tomando diariamente sus ganancias; pues aun no habian trascurrido seis meses cuando Santiago surtía á gran número de los habitantes del barrio. Tan lisonjero éxito era sin duda debido á que iba aprendiendo poco á poco á escoger todos sus géneros y adquiría en el vecindario fama de no venderlos sino buenos, y de no engañar nunca á los parroquianos.

El aumento de sus ganancias no le indujo á aumentar inconsideradamente sus gastos; la miseria le tocaba muy de cerca para que su deseo más ardiente no fuese el de ahuyentarla para siempre. Aparte de lo que gastaba para andar siempre vestido con decencia, y de un pequeño aumento á lo que daba á la señora Gervais por su manutencion, con la que pudieron vivir los tres con más desahogo, todo lo que ganaba lo ponía á un lado, sin que se le ocurriese nunca la idea de sacrificar ni un solo sueldo para divertirse.

Este modo de conducirse, lejos de exponer su felicidad, por el contrario, la aumentaba, hasta tal punto, que acaso no hubiese en París un niño tan feliz como Santiago; ignorando los goces que se compran, todos eran goces para él: un parroquiano que se acercaba á su tiendecita, sus conversaciones frecuentes con los vecinos ó inquilinos de la casa, y la simple vista de ese movimiento perpétuo de la calle de San Antonio, bastaban para alimentar su buen humor de la mañana á la noche; además, la casualidad se habia encargado de proporcionarle un antídoto inagotable contra el tédio. Uno de sus parroquianos, que tenia gabinete de lectura, le prestaba libros de cuando en cuando. En los momentos que la venta le dejaba libres, Santiago los leía con avidez, y esta distraccion, de la que nunca se cansaba, desarrollaba su inteligencia y le enseñaba una porcion de cosas que habian de serle útiles durante toda su vida. No obstante, su felicidad mayor consistia en ver al Sr. Dufлот dos veces á la semana al ir á renovar su provision de papel; la exactitud con que pagaba todos los meses el que habia despachado y la prisa que se dió á devolver los cien francos que se le prestaron para estable-

cerse, todo, en fin, contribuyó á probar al comerciante con tanta fuerza la delicadeza y la honradez de su protegido, que le cobró un cariño verdadero, y conversaba con él como un padre con su hijo.

Cuando Santiago habia guardado sus géneros en la portería de la Sra. Provost, iba á comer. La Sra. Gervais no siempre estaba de buen humor; pero Gertrudis se hallaba dotada de un carácter tan feliz, que la posicion hartó triste por cierto en que la suerte la habia colocado, y los continuos sermones de su madre, no la quitaban de reir y cantar de la mañana á la noche sin dejar de trabajar, y la jovialidad de Santiago escitaba la suya propia de tal modo, que la hora de la comida trascurria siempre alegremente.

Santiago volvia á salir casi todas las noches, cuándo para ir á una de las fábricas que le surtian, cuándo solo para disfrutar el placer de andar, de pasearse por aquella gran ciudad, ya en los boulevares, ya en las calles, «sin verme precisado á detener al transeunte ó á correr en busca suya con la esperanza de ganar el pedazo de pan que me habia de servir de cena,» decia él con frecuencia para sus adentros. Santiago se encontró por entonces tan feliz con el cambio sobrevenido en su vida, que se hallaba dispuesto á contentarse con la posicion que habia alcanzado.

Pero el arreglo y la economía tienen por efecto aumentar los más escasos caudales. Un pequeño aborro diario llega á producir fuertes cantidades; así es que Santiago, despues de haber pasado seis años en el portal de la calle de San Antonio, poseía ya dos mil seiscientos francos, con los que el Sr. Dufлот le aconsejó que pusiese tienda.

Durante esos seis años, Gertrudis se habia casado con un jóven empleado en ferro-carriles, y seguia trabajando en su oficio de lavandera; la Sra. Gervais habia muerto, de suerte que Santiago habia podido, sin exponerse á pasar por ingrato, alojarse en casa de la Sra. Provost. Como era conocido en todo el barrio, en su centro y en el boulevard fué donde alquiló una bonita tienda, y la surtió con tanto gusto y maestria de todo lo que abrazaba su co-

mercio, que en poco tiempo se hizo el papalista más afamado de aquel distrito de París.

Solo entonces fué cuando se resolvió á gozar con moderacion del fruto de sus desvelos y fatigas, y á tomar de sus ganancias lo necesario para vivir con comodidad y desahogo. Tambien entonces fué cuando, seguro ya de no volver á caer en la miseria, se decidió á escribir á su tio para darle las gracias por el amparo que le habia dispensado en su niñez. No habiendo recibido contestacion, hizo tomar informes y averiguó, con mucho sentimiento, que el pobre hombre habia muerto.

Santiago tenia veinte y ocho años, cuando el Sr. Dufлот, á cuya mesa se sentaba todos los domingos, deseando al fin retirarse de los negocios y entregarse al descanso, le vendió la parte que poseía en la fábrica de Grandin y Compañía. De este modo, no solo daba á su dinero colocacion segura, sino que podia llegar á triplicarle; así es que se casó al poco tiempo con una jóven sencilla y virtuosa que amaba, pero que nada tenia.

Santiago Morlot que habia llegado á ser uno de los comerciantes más ricos de París, se acordaba con frecuencia de su niñez, del camino que habia tenido que andar para colocarse en la posicion que ocupaba, y sobre todo del dia en que habia hallado el napoleon; así es, que todos los meses, el dia 15, antes de acostarse, abria su ventana y arrojaba á la calle un napoleon, pidiendo á Dios le hiciese caer en buenas manos.

PERDON Y OLVIDO.

Un jardinero de las cercanías de un puerto de mar, situado al Oeste de Inglaterra, tenía un hijo, llamado Mauricio, á quien amaba con ternura. Un dia le mandó á la ciudad inmediata á comprar unas semillas que necesitaba; cuando Mauricio llegó á casa del vendedor la tienda estaba llena de compradores impacientes. Mauricio esperó arrimado al mostrador á que le despachasen. Por último, cuando estuvieron despachadas todas las personas que se encontraban en la tienda, el amo de la casa se dirigió á él y le dijo:

—¿Qué es lo que quiere Vd., amiguito?

—Necesito todas estas semillas, respondió Mauricio entregando al mismo tiempo una lista al comerciante. En seguida añadió: «mi padre me ha dado dinero para pagarlo todo.»

El vendedor de semillas buscó todas las que pedia Mauricio, y se disponia á envolverlas, cuando de repente entró gritando un hombre de modales bruscos y de fisonomía dura.

—¿Están preparadas ya todas las simientes que tengo pedidas? El viento es favorable y debían estar á bordo desde ayer.

—¿Y mi jarron de china está empaquetado?

—Allí está, caballero, en ese estante que tiene Vd. al de su cabeza; contestó el comerciante; ya vé Vd. que está seguro; aun no hemos tenido tiempo de empaquetarle, pero lo haremos hoy y enseguida nos ocuparemos de las semillas.

—Ocúpese Vd. ahora mismo de las semillas, que no se han de empaquetar solas. Vamos, despachemos.

—Ahora mismo, caballero, en cuanto termine el paquete de este niño.

—¿Y qué me importa el paquete de este niño? El tiene tiempo de esperar y yo no; la marea y el viento no aguardan á nadie.

—Tome Vd., amigito, tome Vd. su paquete y márchese Vd., dijo el hombre impaciente. Y diciendo estas palabras cogió el paquete del mostrador mientras el vendedor se bajaba para tomar hilo y atarle.

Desgraciadamente, las semillas no estaban bien envueltas; se abrió el papel y rodaron por el suelo.

El forastero empezó á jurar; pero Mauricio, sin darse por resentido, se ocupó tranquilamente de recoger sus semillas. Mientras tanto nuestro hombre hacía que le despachasen y esplicaba lo que necesitaba, cuando entró un marinero en la tienda:

—Capitan, dijo; el viento acaba de cambiar y parece que vamos á tener temporal:

—¡Pues bien! tanto mejor, me alegro de quedarme un dia más en tierra, tengo aun que hacer.

Al concluir estas palabras, se dirigió hácia la puerta. Mauricio al mismo tiempo estaba arrodillado recogiendo sus semillas esparcidas, y vió que el pié del capitan estaba enredado en la extremidad de una cuerda, que partía del estante donde estaba colocada la vasija de porcelana. Un paso más y el capitan iba á estrellar el jarron. Mauricio le cogió por la pierna y gritó:

—No se mueva Vd, porque entonces va á romper el vaso,

El marino se detuvo y vió que la cuerda se había arrollado al tacon de su bota y lo hubiera arrastrado todo tras de sí:

—Gracias, amiguito, dijo, acabas de salvarme un objeto que no quisiera destruir por diez guineas, porque le destino para mi mujer. Sí, te estoy tanto más agradecido, amigo mio, cuanto que me vuelves bien por mal; siento en el alma haber tirado tus semillas. Tienes un excelente corazon, y no eres rencoroso.

En seguida se volvió hácia el mercader:

—¿Quiere Vd. alcanzarme ese vaso?

Bajaron el jarron; el capitan quitó la tapa y sacó algunas cebollas de tulipanes.

—Supongo, segun la cantidad de semillas que compras, que eres jardinero, dijo á Mauricio. ¿Te gusta mucho la jardinería?

—Sí señor, mucho, respondió el niño; mi padre es jardinero, me permite ayudarle, y me ha dado un cuadrado para que le cultive.

—Pues bien, hé aquí un par de cebollas de tulipan, y te aseguro que si las cuidas, tendrás en tu jardin los mejores tulipanes de Inglaterra; me las regaló un mercader holandés, y me ha asegurado que son de la especie más rara de Holanda. Estoy seguro de que prosperarán en tu casa, si el viento ó la lluvia no las echan á perder.

Mauricio dió las gracias al capitan y volvió á su casa impaciente por enseñar á su padre las preciosas cebollas. En cuanto llegó fué á casa de uno de sus amigos, llamado Arturo, que era hijo de un horticultor inmediato. Los jardines de ambos amigos estaban separados por una pared muy baja, con piedras mal unidas.

—¡Arturo! ¡Arturo! gritó Mauricio, ¿dónde estás! ¡Necesito verte!

Pero Arturo no respondió y no acudió, segun costumbre. «¡Ah! ya sé donde estás, añadió Mauricio y me tendrás á tu lado tan pronto como los frambuesos me lo permitan. Tengo buenas noticias que darte, y una cosa muy bonita que enseñarte y que verás con mucho gusto, Arturo!....»

Despues de haber atravesado los frambuesos, se encontró en

su jardín y vió su campana querida, bajo la cual crecían los pepinos de una manera extraordinaria, su única campana en fin, hecha mil pedazos.

—Lo siento mucho, dijo Arturo, que estaba de pié al otro lado de la pared apoyado en su pala; temía que te encolerizases contra mí.

—¡Qué! ¿has sido tú el que has roto mi campana? ¿cómo lo has hecho?

—Estaba ocupado en arrancar las malas yerbas, las tiré por encima de la tapia, y por desgracia fueron á caer sobre la campana.

—Mauricio quitó la tierra y la yerba que habian caido sobre los pepinos, juntamente con los cachos de vidrio. Los contempló un instante en silencio.

—¡Oh mis pobres pepinos! ahora vais á morir. Muy pronto se marchitarán vuestras hermosas flores amarillas; pero ya no tiene remedio. Es una desgracia irreparable; así que no hablemos más de ella, Arturo.

—Eres demasiado bueno, creia que te enfadarias conmigo. Estoy seguro que en tu lugar, estaria en este momento muy encolerizado.

—Perdonar y olvidar, como dice mi padre, es el mejor modo de obrar. Ten, mira lo que traigo.

Mauricio refirió á Arturo su aventura con el capitan, cómo sus semillas fueron rodando por el suelo, cómo habia salvado de la destruccion el hermoso jarro de porcelana, y en recompensa le habian regalado las cebollas de tulipan. Al terminar su narracion, ofreció á Arturo una de las preciosas cebollas, que este aceptó con gusto, sin cesar de repetir:

—¡Qué bueno eres, Mauricio, en no reñir conmigo por haber roto tu campana! Siento más ahora esa desgracia, que si te hubieras encolerizado contra mí.

Arturo procedió inmediatamente á plantar su cebolla; mientras tanto Mauricio examinaba las labores que habia preparado su camarada y las plantas que crecían en el jardín.

Es extraño, dijo Arturo, que tú tengas tanta satisfacción en embellecer mi jardín como si te perteneciera. Soy mucho más feliz desde que mi padre se ha establecido aquí y nos permite trabajar y jugar juntos. Porque ya sabes que antes vivía con nosotros un primo que me atormentaba continuamente: no le gustaba mirar mi jardín, ni encontraba nada bueno en cuanto hacía yo, y jamás me dió nada de lo que tenía. Así que yo no le quería, pero creo que es una desgracia odiar á alguno. Sé muy bien que no encontraba ningun placer en disputar con él, mientras que contigo soy muy feliz. Mauricio, no reñiremos nunca.

¡Qué bueno sería que todo el mundo estuviera convencido de que la buena harmonía vale más que las disputas, y sobre todo, si en todas partes se siguiera la máxima de Mauricio: «Perdonar y olvidar!»

El Sr. Oakly, el plantador, padre de Arturo, era un hombre muy susceptible y demasiado orgulloso para pedir una explicación, cuando creía que alguno de sus vecinos le había faltado. Lo que hacía que muchas veces se engañara en sus juicios. Creía que daba muestras de gran entereza guardando el recuerdo y el sentimiento de una injuria. Así que, sus falsas ideas le conducian muchas veces á cometer malas acciones, aun cuando no era malo en el fondo. «Amigo desinteresado y enemigo intransigente» era una de sus máximas favoritas, y tenía más enemigos que amigos. No era muy rico, pero sí orgulloso, y su proverbio era: «Más vale inspirar envidia que compasión.»

Cuando se estableció cerca del jardinero el Sr. Graut, experimentó primero cierta antipatía hácia su vecino, porque le dijeron que era escocés. El creía astutos y avaros á todos los escoceses porque le habia engañado un vendedor ambulante de periódicos que procedia de aquel país.

Los modales francos de Graut dispararon hasta cierto punto esta preocupacion. Pero aun así, Oakly decia para sí que la política, la urbanidad de Graut, no eran más que ostentacion, y que un escocés no podia ser un amigo sincero como un verdadero inglés.

Graut poseia unas hermosísimas frambuesas, tan grandes, que

venian á verlas por curiosidad, y acudían á admirarlas muchos forasteros que tomaban baños de mar en la ciudad inmediata, las llamaban frambuesas de Brobdignac.

—Dígame Vd., vecino Graut, ¿cómo ha logrado Vd. obtener unas frambuesas tan extraordinarias? preguntó una tarde el señor Oakly al jardinero.

—¡Oh! eso es un secreto, respondió Graut sonriendo.

—Si es un secreto, nada tengo que preguntar, porque jamás he tratado de penetrar los secretos de nadie; pero sí estimaría, vecino Graut, que pusiera Vd. á un lado el libro que tiene Vd. en la mano. Siempre tiene Vd. fija la vista en algun libro cuando se le viene á visitar, y esto, segun mi parecer, sencillo é ignorante inglés, no es muy político ni de buena vecindad.

El Sr. Graut cerró rapidamente su libro, pero advirtió con una mirada á su hijo, que en aquel libro encontraría el secreto de sus frambuesos de Brobdignac. No dejó de advertir el tono lijero de las palabras de su vecino, pero se guardó muy bien de contradecirle, pues sabía por los libros: Que una palabra alhagüeña apacigua la cólera; así que respondió con calma:

—Estoy á las órdenes de Vd., vecino Oakly. Es probable que su vivero le dé mucho dinero este año; ¡pues bien! brindemos por el vivero y al mismo tiempo por el semillero de alerces, que creo no se dan mal.

—Gracias, vecino, gracias; mis alerces se dan en efecto muy bien. A la salud de Vd., Sr. Graut y á lo que llama Vd. sus frambuesos.

Despues de vaciados los vasos, el Sr. Oakly replicó:

—Vecino, aun cuando no me gusta pedir nada, si tuviera Vd. la bondad de darme.... En el mismo momento entraron varias personas y no pudo concluir la frase.

Lo que el Sr. Oakly queria pedir á su vecino, era una planta de frambuesos Brobdignac. Al dia siguiente, recordó las plantas; pero tímido naturalmente, no se atrevió á hacer por sí la petición. Recomendó á su mujer, que salía para el mercado,

que pasase por delante de la verja del jardin de Graut, y si le veía, le pidiera algunas plantas de sus frambuesos.

La Sra. Oakly trajo á su marido la respuesta de que el señor Graut no tenía planta ninguna que dar, y que aun cuando poseyera muchas, no las daría á nadie más que á su hijo.

Oakly se puso furioso al oír esta respuesta; declaró que no debia esperarse mejor proceder de un escocés, y que era necesario ser muy estúpido para confiar en las palabras de un hombre de esta especie, y protestó que preferiria morir en el hospital de la parroquia á pedir un favor á nadie, por insignificante que fuera, refiriendo en seguida á su mujer por la milésima vez, la manera con que habia sido engañado por un compatriota del señor Graut. Por último, juró no volver á tener más relaciones directas ni indirectas con su vecino.

—Hijo mio, dijo á Arturo que volvia entonces de su trabajo; escucha, hijo mio; cuidado con que te vuelva á ver nunca con el hijo del Sr. Graut.

—¿Con Mauricio, padre mio?

—Sí, con Mauricio Graut; te prohibo que desde hoy vuelvas á tener ninguna relacion con él.

—¿Por qué, padre mio?

—No me lo preguntes y obedece.

—Obedeceré, padre mio, dijo Arturo llorando amargamente.

—¿Qué es eso! ¡lloras ahora! Imbécil, qué ¿no tendrás otros compañeros con quien jugar? Yo te buscaré otro si le necesitas.

—¡Ah! padre mio, dijo Arturo tratando de contener sus lágrimas, jamás encontraré un amigo como Mauricio Graut.

—¡Pobre necio! dijo el Sr. Oakly acariciando á su hijo, eres precisamente el reverso de la medalla de tu padre, y te dejas engañar fácilmente por las buenas palabras; pero cuando tengas tanta experiencia como yo, sabrás que los amigos no abundan tanto como las moras, y no crecen tanto como las zarzas.

—¡Oh! demasiado lo sé, dijo Arturo, porque nunca he tenido amigos antes de conocer á Mauricio, y nunca tendré otro como él.

—De tal padre, tal hijo: felicítate de no volverle á ver.

—¡No volverle á ver! ¡Qué! padre mío, ¡no iré ya á trabajar á su jardin y no vendrá él tampoco al mio?

—No, respondió con severidad el Sr. Oakly; su padre se ha portado muy mal conmigo, y á mí no me falta dos veces. No, no le volverás á ver; pero no te aflijas por eso.

Arturo prometió obedecer á su padre, y únicamente pidió permiso para hablar por última vez con Mauricio para decirle que por orden de su padre dejaba de tratarle; le concedió este favor; pero cuando Arturo quiso saber cuáles eran los motivos de esta separacion, el Sr. Oakly se negó á decirselos.

Los dos amigos se despidieron con sentimiento.

Cuando el señor Graut oyó hablar de esta cuestion, trató de saber en qué habia podido molestar á su vecino; pero el silencio obstinado del Sr. Oakly impidió toda esplicacion entre ellos.

Sin embargo, la contestacion del Sr. Graut á la peticion del Sr. Oakly no fué repetida por la mujer de este como la habia oido. El Sr. Graut dijo que los frambuesos no eran suyos, y por consiguiente no podia darlos; que pertenecian á su hijo, y además no era aquella la estacion en que se trasplantaban. Estas palabras fueran mal comprendidas. Graut se las dijo á su mujer, esta á una criada del condado la cual no comprendia muy bien el escocés de su ama, y que á su vez no pudo hacerse comprender bien por la Sra. Oakly. Además esta estaba distraida por cuidar del caballo que piafaba atado á la verja, y por la prisa que tenía de volver á montar para dirigirse al mercado.

El Sr. Oakly, resuelto ya á aborrecer á su vecino, no podia menos de buscar un nuevo motivo de queja contra él: en el jardin de Graut crecia un peral plantado junto á la tapia divisoria. El suelo donde crecia este árbol no era tan bueno como el del lado opuesto de la tapia, y las raices del peral se abrieron paso por entre las endiduras de las piedras, tomando posesion del terreno que las era más favorable. El Sr. Oakly sostuvo que el peral perteneciente á su vecino, no tenia derecho para invadir su terreno, y un procurador le aseguró que podria obligar á

Graut á que le cortase. Habiéndose opuesto Graut, el procurador aconsejó al Sr. Oakly que le demandase. Oakly aceptó el consejo. El pleito siguió sus trámites durante algunos meses. Al cabo de este tiempo, el procurador fué á pedir dinero al Sr. Oakly para continuar la cuestion, afirmando que le ganaria.

El Sr. Oakly dió diez guineas al curial, haciéndole observar que aquella cantidad era un sacrificio enorme para él, y que únicamente el amor á la justicia le hacía persistir en un pleito sobre un pedazo de tierra, que bien tasado no valia un penique. «El peral no me causa ningun daño; pero no quiero dejar que un escocés se burle de mí impugnemente.»

El procurador alentó al Sr. Oakly á que persistiera en una resolucion tan favorable á sus intereses. Escitó más las preocupaciones de su cliente contra los hijos de Escocia, le atacó por el orgullo, y le demostró, en una larga conversacion, que su honor nacional estaba interesado en sostener la lucha. Por fin, las cosas llegaron hasta tal punto, que el Sr. Oakly, yendo un dia en direccion al peral, decia: «Aun cuando me cueste cien libras esterlinas, no dejaré que me imponga la ley un escocés.»

Arturo interrumpió en aquel momento el discurso de su padre, designándole un libro y algunas plantas nuevas que estaban puestas sobre la tapia.

—Padre, sin duda esto es para Vd., porque está acompañado de una carta á su nombre, y es de letra de Mauricio: ¿quiere usted que se la alcance?

—Sí, dámela.

La carta contenia estas palabras:

«Querido Sr. Oakly:»

«Ignoro por qué se ha incomodado Vd. con nosotros, y lo siento. Pero yo no le tengo á Vd. rencor alguno, y así, espero no deje de aceptar algunas plantas de mis frambuesos de Brobdignac, que pidió Vd. hace mucho tiempo, cuando éramos buenos amigos. Entonces, no era la época de plantarlos, por cuya razon, no se los mandé á Vd. antes; pero como estamos ya en la estacion á propósito, se los remito hoy juntamen-

«te con el libro donde verá Vd., por qué razon ponemos las cenizas de las yerbas marinas en las raices de nuestros frambuesos; me he proporcionado estas cenizas para Vd. y las encontrará en el tiesto que está encima de la tapia. Arturo y yo no nos hemos vuelto á hablar desde que Vd. se lo prohibió y confiando en que vuestros frambuesos prosperarán tanto como los nuestros, y volveremos á reanudar un dia nuestras relaciones»

«Se repite vuestro amigo, el hijo de vuestro vecino,

MAURICIO GRAUT.»

«P. D. Hace ya cuatro meses que principió la enemistad, y me creo que dura ya demasiado tiempo.»

Esta carta no produjo gran efecto en Oakly, á causa de la poca costumbre que tenia de leer manuscritos, y del trabajo que le costaba deletrear y reunir las palabras. Sin embargo, le causó una impresion algo agradable, y dijo:

—Creo que Mauricio te tiene un afecto sincero, Arturo; me parece un buen muchacho; pero en cuanto á los frambuesos, creo que todo lo que dice no es más que una excusa, y puesto que no quiso darlos cuando los pedí, ahora no los quiero; ¿me oyes, Arturo? ¿qué estás leyendó?

Arturo, recorria una página señalada en el libro que Mauricio habia dejado con los frambuesos sobre la pared, y leyó en alta voz lo que sigue:

Monthly Magazine, Diciembre de 1798, página 421.

«En Jersey se cultivan una clase de frutales, que cubren en invierno con yerbas marinas, como en Inglaterra se cubren ciertas plantas con paja de las cuadras. Los frutos de estos fresales, son por lo general del tamaño de un albaricoque pequeño y su gusto es muy agradable. En Jersey y Guernesey, situados muy poco más al Sur que Cormoilles, las legumbres y toda clase de frutos maduran quince dias ó tres semanas antes que en Inglaterra, aun en las costas meridionales, y rara vez la nieve permanece más de veinte y cuatro horas sin derretirse. Aun cuan-

»do parece que esto debe atribuirse á la influencia de la atmós-
 »fera húmeda y salada de que están rodeadas las islas, tambien
 »deben influir mucho los abonos de las cenizas de las yerbas ma-
 »rinas.»

—¡Ah! dijo Arturo, hé aquí algunas líneas escritas con lapiz so-
 bre una hoja de papel, y son de mano de Mauricio, voy á leerlas:

«Cuando leí en este libro lo que dice de las fresas, que se hacen tan grandes como albaricoques cuando se las cubre con plantas marinas, creí que las cenizas de estas plantas serían buenas para los frambuesos de mi padre, y le pedí permiso para hacer un ensayo. Me lo concedió, é inmediatamente empecé á recojer las plantas marinas, arrojadas por el mar sobre la ribera; las puse á secar y me serví de sus cenizas para estercolar el terreno donde crecian los frambuesos. Al año siguiente, tenían las frambuesas el tamaño que habeis visto. Se lo digo, á Vd. para que sepa cómo se cultivan los frambuesos, y por que recuerdo que mi padre le dijo que era un secreto. Este es, sin duda, el motivo de la animosidad de Vd., porque desde aquella época no ha vuelto á hablar á mi padre. Ahora que he dicho cuanto sé, creo que no me guardará más rencor.»

El Sr. Oakly, conmovido á pesar suyo por esta franqueza, dijo:

—Arturo, hé aquí una cosa muy sencilla, que nos enseña lo que queríamos saber, sin necesidad de grandes discursos; debe ser más bien inglés que escocés. Dime, Arturo, ¿sabes si Mauricio nació en Inglaterra ó en Escocia?

—No, padre, lo ignoro, nunca se lo he preguntado, porque no lo creí muy importante; únicamente sé que Mauricio, haya nacido donde quiera, es un buen muchacho. Mire Vd., padre, mi tulipan va á florecer.

—En verdad, será hermoso.

—Mauricio me le dió.

—¿No le has dado tú nada en recompensa?

—No, y cuando me le regaló debía de estar muy incomodado conmigo; porque acababa de romper su campana.

—Me dan tentaciones de dejaros que juguéis juntos, dijo el padre de Arturo.

—¡Oh! si Vd. quisiera, dijo Arturo palmoteando, ¡qué felices seríamos! Padre, Vd. ignora que yo he estado sentado en la copa de ese manzano para ver trabajar en su jardín á Mauricio. ¡Oh! ¡de buena gana hubiera trabajado con él!

Arturo fué interrumpido por la llegada del procurador que venía á hablar al Sr. Oakly de su pleito sobre el peral. Oakly le enseñó la carta de Mauricio, y aquel en cuanto se enteró de ella, exclamó con gran sorpresa de Arturo :

—¡Qué tramposo! No he visto otra cosa semejante en mi vida. Sí, esta carta es lo más artificioso que se ha visto.

—¿Dónde está el artificio? dijo Oakly poniéndose sus antiparras.

—¿No vé Vd., señor mio, que toda esa farsa de los frambuesos Brobdignac no tiene otro objeto que evitar la continuacion del proceso? El Sr. Graut, que es bastante astuto, sabe muy bien que pierde el pleito, y que se verá obligado á pagar á Vd. una buena cantidad á título de indemnizacion é interés, si el negocio sigue su curso.

—¿Indemnizacion é intereses? dijo Oakly dirigiendo sus miradas al peral: no entiendo qué quiere Vd. decir. Yo no pretendo nada que no sea justo, y no tengo intencion de exigir la cantidad que decis: porque ese peral no me ha causado ningun mal grave entrando en mi jardin. Todo lo que quiero es que no avance sin mi permiso.

—¡Oh! comprendo bien eso, dijo el curial; pero lo que yo quisiera hacer comprender á Vd., Sr. Oakly, es que Graut y su hijo quieren engañarle. Tratan de evitar la sentencia y le regalan esos frambuesos para seducirle.

—¡Para seducirme! exclamó el Sr. Oakly, « nunca he aceptado semejantes presentes y jamás los aceptaré. » Y con aire indignado arrancó los frambuesos de la tierra y los arrojó en el jardin de Graut por encima de la muralla.

Mauricio habia colocado su tulipan que estaba á punto de florecer encima de la tapia, para que Arturo le viera.

¡Ay! no sabia en qué punto tan peligroso le habia puesto. Uno de los frambuesos lanzados por el brazo irritado de Oakly, quitó la cabeza del precioso tulipan.

Arturo ocupado en convencer á su padre de que el procurador se habia engañado en su juicio sobre Mauricio, no notó la caida de la flor.

Cuando Mauricio vió al otro dia sus frambuesos desparramados por el suelo y roto su tulipan favorito, quedó sorprendido y hasta experimentó un instante de cólera. Pero este sentimiento no tenía arraigo en su corazon; creyó que sin duda era obra de un acontecimiento fortuito. No podia creer que hubiera nadie tan malvado que pudiera causarle un perjuicio con intencion.

« Y además, dijo para sí, si lo han hecho con intencion, lo mejor que puedo hacer es no incomodarme. Perdonar y olvidar. »

Mauricio se consideraba tan feliz con tener semejante carácter, como si poseyera los más hermosos tulipanes de Holanda.

Estas flores eran muy apreciadas en aquella época en el país de Mauricio y Arturo. En una ciudad de las inmediaciones debia verificarse á los pocos dias una fiesta floral, y se adjudicaria un premio consistente en instrumentos de jardinería al que presentara la flor más bella. Un tulipan fué el que obtuvo el premio el año anterior; muchas personas habian tratado de procurarse cebollas de tulipan, á fin de conseguir el premio este año.

El tulipan de Arturo era magnífico. Todos los dias le examinaba encontrándole cada vez más bello; así que deseaba ardientemente poder dar las gracias á Mauricio; casi todos los dias trepaba al manzano y miraba al jardin de su amigo con la esperanza de ver su tulipan tan abierto como el suyo. Pero era en vano.

Llegó el dia de la fiesta floral, el Sr. Oakly se dirigió á ella con su hijo, que llevaba el tulipan.

La fiesta se verificaba en una extensa pradera, y todas las flores de diferentes especies estaban puestas en hilera sobre un montecillo sito á la extremidad de la tapia de césped, y enmedio de este valle encantador se notaba por su belleza el tulipan que Mauricio habia dado á Arturo.

El premio se decretó por unanimidad al propietario de esta flor, y en el momento en que Arturo recibía los instrumentos de jardinería, oyó una voz muy conocida que le felicitaba; se volvió y vió á su amigo Mauricio.

—¿Dónde está tu tulipan, Mauricio? dijo el Sr. Oakly. ¿No me habías dicho, Arturo, que había guardado uno para él?

—Es cierto, había guardado uno, dijo Mauricio; ¡pero alguno sin querer indudablemente, me le rompió!

—¿Quién? exclamaron á la vez Arturo y su padre.

—Alguno que se entretuvo en tirar los frambuesos por encima de la pared, respondió Mauricio.

—¡Fuí yo! dijo Oakly, fuí yo, no lo negaré, pero no tuve intencion de estropear tu tulipan, Mauricio....

—Mi querido Mauricio, dijo Arturo, aquí están los útiles de jardinería, tómalos.

—No puedo, dijo Mauricio retirándose.

—Ofréceselos á su padre, ofréceselos al Sr. Graut, dijo en voz baja Oakly, te aseguro que los aceptará.

El Sr. Oakly se engañaba: el padre de Mauricio los rechazó.

Oakly se quedó sorprendido. «Seguramente, dijo, me he engañado al tener tan mala idea del vecino.» Y adelantándose hácia Graut, le dijo bruscamente:

—Señor Graut, su hijo de Vd. se ha conducido muy bien con el mio, y debe Vd. estar contento de él.

—Seguramente que lo estoy, respondió Graut.

—¡Pues bien! añadió Oakly, eso me hace concebir mejor opinion de Vd. que la que tenía desde el dia de su mala contestacion con motivo de esos frambuesos, de esos malditos frambuesos.

—¿Qué mala contestacion? dijo Graut admirado.

Oakly refirió entonces la respuesta que le trajo su mujer cuando fué á pedir los frambuesos Brobdignac. Graut declaró que nunca había dicho semejante cosa, y repitió exactamente la respuesta dada. Oakly le tendió la mano.

—Os creo y no volvamos á hablar del asunto; siento en el al-

ma no haber tenido esta esplicacion con Vd. hace cuatro meses, y la hubiera provocado si no fuera Vd. escocés. Nunca he querido bien á las gentes del país de Vd., y gracias á este buen muchacho si ños entendemos hoy. No es posible que haya nada que iguale la bondad de su corazon. ¡Siento en el alma haber roto su tulipan! Abrazadme, hijos míos. Arturo, ya eres feliz; espero que el Sr. Graut nos perdonará.

—¡Oh! *perdon y olvido*, dijo Graut á su hijo, y desde este dia ambas familias vivieron en la mejor armonía.

Oakly no pudo menos de reirse de su locura de entablar un pleito por un peral, y llegó á vencer tambien sus preocupaciones contra los escoceses, asociándose con Graut para su comercio. La ciencia de este le era muy útil en muchas ocasiones, y aquel por su parte poseia excelentes cualidades que ponía al servicio de su asociado.

Ambos jóvenes gozaban con la union de sus familias, y Arturo ha dicho muchas veces que debían toda su felicidad á la máxima favorita de Mauricio: «PERDONAR Y OLVIDAR.»

LA LLAVE FALSA.

El Sr. Spencer era un hombre tan bueno como sensible. Había emprendido la educación de varios niños pobres, entre los cuales se contaba un muchacho llamado Franklin, que educaba desde la edad de cinco años.

Este niño tenía la desgracia de ser hijo de un hombre que se había deshonrado por sus crímenes, y continuamente le echaban en cara su nacimiento; si por casualidad reñía con los niños de la vecindad, se le decía que concluiría como su padre. Pero el Sr. Spencer, al contrario, le decía que su buena conducta le atraería la estimación de todas las gentes honradas, y que las faltas de su padre no debían recaer sobre él.

Esta esperanza alentaba á Franklin: manifestaba el mayor deseo de aprender y hacer todo lo que era bueno y honrado. El Sr. Spencer al ver sus buenas disposiciones, le apreciaba cada vez más, poniendo particular esmero en su instrucción, é inculcándole los principios y los hábitos que hacen á un hombre útil, respetable y feliz.

Cuando Franklin cumplió los trece años, el Sr. Spencer le llamó á su gabinete y le dijo con un tono grave y afectuoso á la vez, mientras doblaba una carta que acababa de escribir:

—Franklin, vas á separarte de mí.

—¿Yo, señor?

—Sí; ya es tiempo de pensar en tu porvenir, pues estás en estado de ganarte la vida; toma esta carta y llévala á casa de mi hermana, la Sra. Churchill, Plaza de la Reina. ¿Ya sabrás donde está esa plaza?

—Sí, señor, he estado ya en ella.

—Vas á entrar al servicio de mi hermana. Al principio tendrás que conformarte con hacer trabajos algo penosos y hasta desagradables acaso; pero no te desalientes, sé sumiso y obediente con tu ama; trata de granjearte el aprecio de los demás criados, y puedo asegurarte que no tendrás por qué arrepentirte. La Sra. Churchill es muy buena, y si sigues mis consejos, llegarás á conseguir su estimacion.

—¡Ah! así lo espero.

—Y cualquier cosa que te suceda, cuenta conmigo como con tu mejor amigo.

—Señor, ¡qué bueno es Vd.! le estaré siempre agradecido.

Y Franklin no pudo añadir una palabra más; tan conmovido estaba con el recuerdo de los beneficios que su señor le había prodigado.

—Dame una bugía para lacrar esta carta.

Franklin encendió una luz; y cuando el Sr. Spencer le entregó la carta, dijo:

—¿Creo que me permitirá Vd. que venga á visitarle alguna vez?

—Sí, hijo mio, siempre que tu ama te lo permita, tendré un placer en recibirte; y si experimentas algun disgusto, ven á confiarme tus penas. Ya he hablado por tí, y te he recomendado como mereces. Vé, pues, hijo mio, y manifiesta con tu conducta que me he quedado corto al elogiar las buenas cualidades que te adornan.

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Franklin, y después de manifestar repetidas veces su gratitud al Sr. Spencer, dejó esta casa hospitalaria, y se dirigió hácia la morada de la Sra. Churchill.

A las tres de la tarde llegó á la Plaza de la Reina, y un hombre de anchas espaldas, de rostro encendido, con levita azul y chaleco encarnado, le abrió la puerta de la Sra. Spencer; Franklin dudaba si le entregaría la carta por miedo de que no fuera un criado.

—¿Qué quiere Vd.? le dijo este hombre.

—Traigo una carta para la Sra. Churchill, respondió Franklin con voz tan respetuosa, como insolente había sido la del criado.

El portero miró la carta, examinó el sobre, la letra y subió la escalera; pasados algunos minutos volvió diciendo á Franklin que se limpiase los pies y le siguiese.

El jóven fué introducido en una sala espaciosa y bien adornada, donde se encontraban la señora y su doncella. Aquella hizo varias preguntas escuchándole atentamente mientras hablaba, y su aspecto severo al principio, fué dulcificándose gradualmente, tanto que Franklin experimentó por su ama una especie de respetuoso temor, y al mismo tiempo cierto afecto.

—Te tomo á mi servicio, le dijo; estarás á disposicion de mi ama de gobierno y espero que no tendrá que quejarse de tí.

El ama de gobierno entró en este momento; tenía la sonrisa en los labios, pero tomó cierta actitud inquieta y recelosa al mirar á Franklin. La señora le recomendó diciendo:

—¡Pamfred! creo que estará Vd. contenta con este muchacho y que procurará hacerle agradable su ocupacion.

El *está ¡muy bien! señora*, que fué la respuesta de la doncella, indicaba sin embargo, en el tono que lo pronunció, que estaba muy poco dispuesta á tener gran cariño á Franklin. La señora Pamfred era una mujer ambiciosa y celosa de las consideraciones con que la trataba su señora. Hubiera reñido con un ángel que hubiera entrado en la casa sin su recomendacion. Sin embargo, se contuvo; pero á la noche al tiempo de ayudar á su ama á desnudarse, no pudo menos de decirla con tono sarcástico.

—Señora: ¿será ese muchacho el niño de que nos ha hablado el otro día el Sr. Spencer? El que ha sido educado por la sociedad filantrópica?

—Sí por la sociedad filantrópica, mi hermano me lo ha dicho; este niño, según parece, está dotado de un carácter excelente, y creo que no tendrá Vd. queja de él.

—Lo deseo, pero no lo espero. Por mi parte no tengo mucha confianza en las gentes de esa calaña. Esos niños se recogen entre lo más perverso que existe en la sociedad; por más que trabajen, siempre siguen los malos ejemplos de sus padres.

—No viven con sus padres, ¿cómo quiere Vd. que sigan ejemplos que no tienen á la vista? Si Franklin ha tenido la desgracia de tener por padre á un miserable, no creo que esto sea una razon para rechazarle; además ha recibido buena educacion.

—¡Oh! en cuanto á eso, señora, y sin que sea mi ánimo hablar contra la educacion, puedo asegurar á Vd. que esta no cambia nuestra naturaleza. Cada uno de nosotros trae al nacer sus pensamientos y sus inclinaciones, que la educacion más esmerada no puede destruir, y por mi parte no tendria en mi casa un niño que hubiera sido educado por la sociedad filantrópica; deben conservar siempre malos instintos. Aseguro á Vd., señora, que siempre tendria miedo.

—Hace Vd. mal, Pamfred. Si yo escuchara á Vd., si yo despidiera á ese niño, ¿cómo podria vivir? Se veria obligado para sostenerse á mendigar ó robar! tal seria su único recurso.

La señorita Pamfred, que á pesar de sus preocupaciones tenia buen corazon, exclamo:

—Dios me guarde de hacer de ese niño un mendigo ó un ladrón. ¡Dios me guarde de causarle el menor perjuicio! yo no le deseo ningun mal.

—Está muy bien, Pamfred. Sin embargo, si dentro de un mes no os agrada ese muchacho, lo despediré; he prometido al señor Spencer que le experimentaría, y no me he obligado á conservar-le siempre en mi servicio.

—Señora, estoy seguro de que tendrá Vd. que obrar así, pero ¡qué desengaño para su cocinera cuando lo sepa!

—¿Qué desengaño?

—A causa del sobrino de que habló á Vd.

—¿Cuándo ha sido eso?

—El día en que hizo el magnífico pastel, recordará Vd. que la dije no tenia inconveniente en que entrara el niño en la casa, y en esa palabra fundaba sus esperanzas; pero yo la diré que es inútil.

—Sin embargo, yo no prometí recibir á su sobrino.

—¡Oh! prometido no, señora; solo dije Vd. que no habia inconveniente; y la cocinera estaba tan contenta por haber conseguido que su sobrino entrara aquí, porque sabe perfectamente que no puede encontrar una casa mejor.

—¡Pues bien! una vez que he dicho que no tenia inconveniente, que entré á mi servicio, cumpliré mi palabra; mándele Vd. venir mañana, que esté un mes y veremos cuál se porta mejor de los dos.

La señorita Pamfret recibió estas órdenes con satisfaccion y se apresuró á terminar su tarea para contar enseguida lo que pasaba á la cocinera; á fin de probar de esta manera que sabía conservar su influencia en la casa.

Félix, el sobrino de la cocinera, llegó al otro día por la mañana, y en cuanto entró en la cocina, todas las miradas se fijaron en él con benevolencia y hasta con admiracion. Franklin, al contrario, era mirado con desprecio, lo que soportó con cierta confusion, aun cuando tenía tranquila su conciencia.

Al comparar ambos niños, naturalmente se debia preferir á Félix que tenía ya los hábitos de mundo, el porte y las maneras de un hombre fino; además llevaba zapatos de charol, corbata, camisa fina bordada, todas las cosas que atraen y escitan la admiracion del vulgo. Franklin que no habia olvidado los consejos del Sr. Spencer, sabía muy bien que los zapatos de charol y las camisas bordadas no constituyen un buen servidor: resolvió borrar con su buen proceder la diferencia que el traje esta-

blecia entre él y el recién venido, y destruir las preocupaciones que la llegada de Félix hacían recaer sobre él: al efecto trató de asegurarse la aprobación de su ama por una obediencia ciega á todas sus órdenes, y al mismo tiempo atraerse siempre el cariño de los demás servidores, procurando complacerles. Una vez meditado este plan de conducta, le puso inmediatamente en ejecución. Muy pronto advirtió que su ama agradecía sus esfuerzos, pero que sucedía todo lo contrario con los criados, á quienes no conseguía atraerse, á pesar de su buena voluntad.

Sin embargo, había hecho grandes progresos en la amistad del Sr. Tirabuzon, el lacayo; se afanaba por ayudarle, y todos los días hacía casi la mitad de su trabajo. Pero una noche que Franklin subía la escalera, le preguntó su ama.

—¿Dónde está el lacayo?

—Señora, ha salido.

—¿Dónde ha ido?

—Lo ignoro, señora.

Dijo la verdad, sin malicia; pero cuando repitió al lacayo lo que acababa de pasar, recibió un puñetazo en la cara, y fué tratado de malvado, impertinente y estúpido animal.

—¡Malvado! impertinente! repitió Franklin, fijando atónito su mirada en Tirabuzon, y al ver que tenía el rostro más encendido que de costumbre, se figuró que estaría ébrio. Por lo tanto, creyó que al día siguiente, en cuanto recobrará su razón, no dejaría el lacayo de reconocer su injusticia y darle satisfacción de sus malos tratamientos. Sin embargo, no sucedió así cuando Franklin provocó al día siguiente una esplicacion:

—¿Por qué, le dijo Tirabuzon, cuando te preguntó la señora dónde estaba yo, has respondido que había salido?

—Porque realmente había Vd. salido.

—¿Y por qué has contestado enseguida que no sabías dónde estaba?

—Porque no me lo había dicho Vd., y realmente lo ignoraba.

—Eres un chiquillo estúpido; debiste decir que estaba en la bodega.

—¿Pero estaba Vd. en ella?

—¿Si estaba? respondió Tirabuzon con una mirada feroz. ¡Ah ya! con que está Vd. aquí para censurar mi conducta? Señor hipócrita, se engaña mucho si cree que yo voy á escusarme. Marchaos de aquí, marchaos muy pronto y enviadme á Félix.

Desde este momento, Félix fué el único que tuvo el privilegio de ayudar al lacayo; llegó á ser su favorito, y Franklin sin tratar de penetrar el secreto de sus conferencias, advirtió muy pronto que los dos servidores se bebían el vino de su ama.

Mas no era este el único favor fraudulento que recibía Félix; su tia la cocinera no desperdiciaba ocasion de regalarle golosinas. Ya una ala de ave, media perdiz, queso, frutas, en una palabra, todo lo mejor que quedaba del almuerzo ó de la comida. Por el contrario, Franklin era maltratado, aun cuando se complacia en ayudar á la cocinera, esforzándose en evitarla reprensiones merecidas en momentos de apuro. Guarnecía las jardineras de flores, y preparaba con tanta habilidad todo lo que se necesitaba, que el servicio de la cocinera se hacía menos penoso.

Pero la ingrata se aprovechaba de sus favores y no se los agradecía. A la hora de la comida, no le daba más que pan y algunas malas legumbres.

Sin embargo, Franklin no envidiaba la suerte de Félix.

—Tengo muy tranquila mi conciencia, decía, y estoy seguro que Félix no puede decir otro tanto. Su tia me ódia, y no me puede tolerar desde el dia en que ví el cesto.

Ahora bien; hé aquí la historia del cesto:

La señorita Pamfred, el ama de gobierno, se quejó varias veces de que le faltaban una multitud de objetos, pertenecientes á su ama; generalmente sacaba la conversacion á la hora de comer, y dirigia á Franklin miradas que le hicieron comprender perfectamente que sospechaba de él; pero su conciencia no le remordia, y no se afectó por tan injustas sospechas.

Un domingo, se sirvió por la tarde en la mesa un trozo de vaca bastante grande. El lunes habia desaparecido. La señorita

Pamfred no pudo contener su indignacion, exigió que la presentaran inmediatamente el pedazo de carne, añadiendo que queria saber lo que pasaba, y cuál era el criado culpable de aquel hurto.

Habló con vehemencia, pero la carne no parecia, cuando Franklin, reuniendo sus recuerdos, exclamó:

—Me parece haberle visto en un cesto que estaba debajo de la alacena.

La cocinera quedó aterrada y cambió de color, mas se repuso muy luego. Entonces, se volvió hácia Franklin, y con acento irritado, dijo:

—Ignoro lo que dice, pero podemos asegurarnos del hecho.

Y despues de colocar el cesto en el suelo:

—Puesto que el señor Franklin, está tan bien enterado, añadió, ¿podrá decirnos, sin duda, quién se ha atrevido á poner este trozo de vaca en el cesto?

—Peró yo creo haber visto....

—¡Creeis haber visto! ¡bonita razon! dijo la cocinera poniéndose en jarras y mirándole descaradamente. ¿Y por qué os meteis en eso? pregúntele Vd., añadió dirigiéndose á la señorita Pamfred, pregúntele Vd.; quizás conteste, de lo que me alegraré mucho; porque sin acusar á Franklin, puedo decir que hace mucho tiempo que advierto me falta la manteca, la crema y todo lo que pongo en la alhacena, y me alegraría mucho que se hiciera justicia.

La señorita Pamfred, cegada por sus prevenciones contra los niños educados por la sociedad filantrópica, y animada por la envidia contra un muchacho que habia entrado en la casa sin su proteccion, se unió á la cocinera, persuadida de que Franklin era un ladronzuelo, y dijo:

—Déjele Vd! ¡déjele Vd! Tiene todos los vicios de los bribones; pero no le perderemos de vista, y no tardaremos en cojerle con las manos en la masa, y la señora sabrá lo que ha de hacer.

Estas palabras, pronunciadas con dureza, causaron una profunda impresion en Franklin, y la señorita Pamfred pudo notar-

lo muy bien, cuando Félix, al ver las lágrimas de Franklin, dijo con cierta ironía:

—Esas son las lágrimas del cocodrilo.

—¡También él! dijo Franklin con amargura.

Y en efecto, Félix, que trataba á su compañero con tanta burla, recibía continuamente algun beneficio de él. Franklin servía todas las mañanas el almuerzo, antes que Félix pensara en salir de su dormitorio; preparaba las tazas, el pan, la manteca, evitando así á su compañero una reprensión segura.

Sin embargo, la hora de la reparacion no estaba tan lejana como creía Félix, semejante á ciertas gentes, que, porque algunas veces han salido bien de sus empresas criminales, creen que siempre les ha de suceder lo mismo, Félix era cada día más infiel. Un dia se encontró al pasar con su ama, que le preguntó:

—¿A dónde vas, Felix?

—Voy á la tienda, respondió con descaro.

—Está muy bien; pero tengo que darte una comision: irás á casa de mi librero.

Y la Sra. Churchill trazó apresuradamente algunas líneas que puso bajo un sobre.

Mientras tanto, Felix se veia atormentado por un falderillo francés llamado *Mauchon*. Mauchon aborrecía á Félix; en cuanto le husmeaba, ladraba furiosamente, y este dia, parecia más encarnizado que nunca contra el chico.

—¡Perrito! ¡pobre perrito! decia Félix, dándole golpecitos en la cabeza.

Pero Mauchon trataba de desgarrarle el bolsillo.

—Toma, dijo la señora, esta carta. Calla, Mauchon, ¡calla, deja á Félix en paz!

Mauchon, en lugar de obedecer; atacó el bolsillo de Félix con más furia, hasta que consiguió meter la cabeza y sacó un papel doblado y la mitad del pastel que habia servido para el almuerzo.

—¡Mi empanada! exclamó la señora Churchill, ¿qué significa esto?

—No lo sé, señora; solamente....



—Solamente... acaba.

Y como Félix callaba:

—Habla, dijo, quiero saber lo que pasa en mi casa y dar á cada uno su merecido.

Nuestro muchacho, refirió entonces, que iba á llevar la empanada á su primo; que su tia, la cocinera, le habia encargado esta comision, y que no se habia atrevido á negarse.

La cocinera, interpelada, rechazó esta acusacion; con la misma violencia con que habia rechazado la de Franklin, acerca del trozo de vaca. Pero no obtuvo tan buen resultado, porque Félix comprendió que iba á ser despedido, y no obtendria fácilmente una colocacion tan buena; así, que sin dudar un momento en confundir á su tia, presentó á su ama el papel que el perro sacó de su bolsillo al mismo tiempo que el pastel, y entonces pudo la Sra. Churchill conocer la verdad. La cocinera rogaba á su primo que aceptase aquella empanada, y la enviase con el portador una botella de vino de Chervy.

La cocinera quedó despedida en el acto.

La Sra. Churchill queria tambien plantar á Félix en la calle; pero compadecida de sus lágrimas y su arrepentimiento, consintió en que terminara el mes, con la condicion de que habia de variar de conducta.

Cuando la señorita Pamfred se convenció de su injusticia para con Franklin, se prometió tratarle en lo sucesivo con benevolencia. Entonces reconoció sus buenos servicios; observó que todas las mañanas hacía el trabajo encomendado á Félix, que trataba de hacerse útil en todas ocasiones, y en una palabra, que era excelente servidor.

No tenemos necesidad de referir aquí todos los incidentes que pasaron durante el mes de prueba, en la casa de la Sra. Churchill, ni las diferentes particularidades de carácter que se notaron en los dos niños, porque deseamos llegar á una peripecia que decidió de su suerte futura.

El Sr. Tirabuzon habia tomado la costumbre de concurrir á la taberna con sus amigos despues de comer.

La taberna pertenecía al primo de la cocinera; el mismo á quien destinaba la empanada, y que en retribucion debia enviar la botella de Chervy. Tirabuzon llevaba la llave de su cuarto, de modo que podia entrar á la hora que quisiera, y si por casualidad la Sra. Churchill preguntaba por él, Félix respondia con una mentira de las que habian repugnado á la lealtad de Franklin, é iba á buscarle inmediatamente. Tomadas todas estas precauciones, nuestro hombre se entregaba con la mayor tranquilidad á su pasion favorita.

Todos los dias formaba el propósito de contenerse, pero cada dia aumentaba más sus libaciones, tanto, que al poco tiempo, su rostro se puso granujiento, sus miembros adquirieron un temblor continuo, su inteligencia se oscureció, convirtiéndose así en una miserable víctima de la intemperancia.

Tirabuzon consumió de este modo en la taberna todos sus ahorros, y sus salarios fueron insuficientes; muy pronto tuvo una deuda inmensa, y el tabernero se negó á fiarle más. Sin embargo, un dia que aquel disputaba con éste, y le reprendia de no tratar á sus parroquianos como se debe á las personas de su importancia, le contestó el tabernero:

—Siempre que Vd. pagaba como debe un hombre de su *importancia*, le he tratado con toda la deferencia que merecia, pero hoy que está Vd. arruinado, ¿cómo le he de tratar de la misma manera?

Y llamó, para que decidiesen la cuestion, á unos hombres que bebian en la habitacion inmediata; pero estos hombres se compadecieron de Tirabuzon, le llevaron á su mesa, le ofrecieron un vaso de vino, y entablaron relaciones de amistad con él y le hicieron soltar la sin-hueso acerca de su oficio, sus ocupaciones, la fortuna de su ama, etc. Estos nuevos amigos, obligaron á Tirabuzon á beber cuanto quiso, porque importaba á sus secretos pensamientos, que el buen hombre perdiera la razon.

La Sra Churchill pertenecía á una familia antigua y bien acomodada, por lo tanto, poseia una rica vajilla, y estos hombres, que eran ladrones de profesion, querian apoderarse de ella.

Acompañaron á Tirabuzón hasta su casa, comprometiéndole á volver al otro día por la noche. Su intimidad se estrechó cada vez más, y uno de los ladrones le ofreció al lacayo tres guineas para pagar sus deudas, añadiendo que le sería fácil, si quería, tener muchas más. Entonces le reveló el plan que habían concertado, y le prometió que tendría la mejor parte del botín, si consentía en ayudarlos.

El lacayo gozaba de la reputación de hombre honrado y le repugnaba hacer una cosa que pudiera mancharla. Pero instigado por sus compañeros, bebió tres ó cuatro grandes vasos de vino, y prometió guardar secreto sobre las proposiciones que se le habían hecho, y contestar al otro día.

Estaba medio ébrio, y cuando pasó por el lado de la cama de Félix, no quiso despertarle por miedo á iniciarle en las proposiciones de los ladrones. Sin embargo, Félix le preguntó qué había hecho la víspera, y Tirabuzón, alarmado, eludió sus preguntas, tratando de alejarle bajo varios pretextos: pero el muchacho no estaba dispuesto á callar, é hizo comprender á su compañero que también él estaba en el secreto, y que era inútil el disimulo. Nuestro hombre se convenció entonces de que nada tenía que ocultar, y que Félix estaba dispuesto á favorecer el proyecto de los ladrones.

A la noche siguiente se dirigieron ambos á la taberna. Tirabuzón dudaba aun; pero al pensar que sus deudas quedarían pagadas, que su afición á la botella estaría satisfecha; sus escrúpulos cesaron, y les aseguró su cooperación, tomando en seguida la hora de la cita; bebió un vaso de vino, y convino en entregar á los malhechores la llave de la casa. Félix les estorbaba algo, temían que los vendiera, que divulgasen el complot y la policía los prendiese en el momento de apoderarse del botín. Pero Félix tenía mucha vanidad y alhagando su orgullo era fácil atraérsele por completo, y al efecto le hablaron de corbatas bordadas, de camisas finas; que si podía obtenerlas pasaría por un caballero, manifestándole, por último, á qué precio las obtendría. Félix consintió en todo y prometió que al día siguiente en-

tregaría á los ladrones reunidos en casa de su primo la llave de la casa.

Despues de dejar bien arreglado el complot, así como las condiciones de la particion, se separaron los ladrones. Félix fué á acostarse, y su compañero, que no habia conseguido acallar la voz de su conciencia, trataba de hacer nuevas libaciones para que la embriaguez le prestara fuerzas para llevar á cabo su mala accion; al efecto, se dirigió á la bodega de su ama, y en ella perdió tan completamente la razon, que á duras penas acertó á la cama. Se acostó sobre el tablado, y dejando la luz encendida, prendió fuego á las cortinas.

Afortunadamente para él y para la casa, Franklin no dormia. Al ver una claridad sospechosa en la habitacion del lacayo, saltó de la cama, se vistió á toda prisa, y corriendo á la cama de Tirabuzon, le sacudió, le despertó y tomó inmediatamente las medidas necesarias para extinguir el fuego. Félix, aturdido y avergonzado, sin saber á qué atribuir este accidente, ejecutó las órdenes de Franklin. En cuanto á la señorita Pamfred, que tenía un miedo espantoso al fuego, se escapó de su cuarto diciendo únicamente que tenía en su lavabo dos jarros de agua. Franklin corrió á buscarlos en seguida y arrojó el agua con tanta habilidad, que en breve habia desaparecido el peligro.

—¿Qué dirás á la señorita Pamfred si te pregunta dónde has encontrado la bugía? preguntó Tirabuzon á Franklin.

—Si me lo pregunta, diré la verdad.

—¿Tú quieres perderme?

—Yo no quiero perder á nadie, pero nunca mentiré.

—Sin embargo, ¿si yo te diera una cosa que te gusta mucho?

—Nada podeis darme que me obligue á mentir. Tan solo deseo que no se me pregunte.

Su voto no fué cumplido. La señorita Pamfred desde por la mañana temprano empezó sus informaciones, y la bugía representó naturalmente un papel importante. El Sr. Tirabuzon sostenia que la habia colocado lo ménos á seis piés de las cortinas, pero cuando llamaron á Franklin y se le mandó que dijera lo que

había visto, tomó el candelero y le colocó en el sitio que le había encontrado.

—¿Cómo, dijo la señorita Pamfred, este candelero estaba aquí? sin embargo, este no es el candelero que os di ayer noche, señor Tirabuzon.

—Pues este es el que encontré aquí, dijo Franklin.

—Pero eso es imposible. Yo había dejado este candelero en el salon de abajo y me acosté la última.

—Estoy seguro de lo que digo, señora, replicó Franklin.

En efecto, Tirabuzon cambió de candelero al volver de la taberna.

—Pero, señora, se atrevió á decir Félix, Vd. se engaña: me acuerdo perfectamente que cuando Tirabuzon fué á acostarse anoche, tenía este candelero barnizado.

—¿Con que no me acuerdo? Sin embargo, sé muy bien que no tengo una cabeza de chorlito, ¿y por qué dice Vd. que no me acuerdo?

—¡Oh! señora, exclamó Félix, suplico á Vd. me perdone. Quería decir que podría Vd. engañarse, y quería ponerla en disposicion de que pudiera reunir sus recuerdos.

—Me acuerdo de todo lo que me acomoda, señor mio, y procure Vd. moderar su lengua. ¿Qué tiene Vd. que ver en este asunto? ¿qué se le importa á Vd. lo que pasa?

—No tengo nada, señora, no tengo nada; se lo aseguro y la ruego me perdone.

—Tirabuzon estaba cortado, cuando la Sra. Charchill agitó la campanilla. La señorita Pamfred suspendió el interrogatorio para acudir al llamamiento de su ama.

—¿Cómo ha dormido Vd. esta noche, señora? dijo.

—Muy bien; creo que he dormido más de lo que acostumbro.

—Es cierto, señora, ni siquiera la ha despertado á Vd. el fuego.

—¿Ha habido fuego en casa esta noche?

—Si, señora. Pero no ha sido gran cosa por fortuna.

—¿Y sabe Vd. cómo se ha prendido el fuego?

—He preguntado, pero no es el fuego lo que más me preocupa.

—¿Qué teme Vd.?

—¿No teme Vd. á los ladrones, señora?

—¡Oh! no, seguramente.

—¡Pues bien! Yo, señora, no sé por qué tengo funestos presentimientos de algun tiempo á esta parte.

—¿En qué los funda Vd.?

—En muchas cosas con que no he querido alarmar á Vd. hasta ahora. Por ejemplo, ayer dejé en la sala baja los candeleros barnizados, y he encontrado uno esta mañana en el dormitorio de Tirabuzon. Noches pasadas el farol del portal estaba encendido fuera, y por la mañana se le encontró en la cuadra. Franklin me lo ha dicho, y Franklin no miente.

—¿Ahora le cree Vd.?

—¡Oh! ciertamente, señora.

—Sin embargo, ha cometido una mala accion.

—Preciso es hacerle justicia, señora, y me temo que le hemos acusado sin razon.

—¿Cómo se ha portado esta noche?

—Señora, si Vd. le hubiera visto, de seguro se habria admirado como yo de su habilidad y sangre fria; él nos ha salvado. ¡Pobre niño! es un excelente criado.

—Cuidado, Pamfred, no se deje Vd. arrastrar de un extremo á otro.

—¡Oh! no hay cuidado, señora, estoy segura que si le hubiera visto Vd. esta noche, le daria una recompensa.

—Se la daré, pero quiero hacer aún otra prueba.

—Creo que no es esta la mejor ocasion despues del servicio que acaba de prestar.

—Sin embargo, lo deseo; dígale Vd. que me entre hoy el almuerzo y deme Vd. la llave de la casa.

Luego que Franklin sirvió el almuerzo, encontró á su ama sentada delante del fuego, con una llave en la mano. Le felicitó y dió gracias por su buen comportamiento.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en casa?
 —Señora, hace tres semanas.
 —Está bien, en todo este tiempo no tengo más que motivos para alabar tu conducta; ya ves que sé apreciar los servicios que se me prestan. ¿Conoces esta llave?

—Sí, señora, es la de la puerta de entrada.
 —Está muy bien, voy á entregártela, y es una gran prueba de la confianza que me inspiras. Consévala en tu poder, y sobre todo mucho cuidado con entregársela á nadie sin orden mia.

—Obedeceré, señora. Y recibió la llave de mano de su ama.
 Cuando se supo la determinacion de la Sra. Churchill, se murmuró en la casa. Estas disposiciones contrariaban los proyectos de Tirabuzon y Félix, y experimentaron un gran resentimiento; á pesar de eso, convencidos de que *se atrapan más moscas con miel que con hiel*, ó en otros términos, que es preferible la amabilidad á la violencia, fingieron mucho cariño hácia Franklin, y durante dos ó tres dias Tirabuzon hizo el inmenso sacrificio de no ir á la taberna, acostándose á la misma hora que los demás; tanto, que la señorita Pamfred creyó alguna vez que sus sospechas eran infundadas.

Sin embargo, el lacayo advirtió al tercer dia á sus cómplices de fuera de casa que estuvieran dispuestos, porque aquella misma noche darian el golpe. La mayor dificultad consistia en procurarse la llave. En cuanto estuvieron reunidos todos los criados en la cocina, Tirabuzon sacó unos billetes de teatro, y dándose la importancia de un gran señor, dijo:

—¿Quién quiere venir? hay una funcion magnífica.

—¿Has ido alguna vez? preguntó Félix á Franklin.

—Nunca.

—¡Pues bien! ¿quiéres venir esta noche con nosotros? replicó el lacayo

—¡Oh! de buena gana, si la señora lo permite.

—¿Pero tienes dinero?

—No, respondió Franklin con tristeza.

—¡Pues bien! no te apesadumbres, yo te convido; solicita la licencia de la señora.

Franklin estaba muy contento, porque pensaba con sobrado fundamento que no se le negaría el permiso.

Tirabuzon añadió, aprovechando este momento:

—Corre en seguida al gabinete de la señora, y mientras tanto préstame la llave, que necesito por uno ó dos minutos.

—¡La llave! lo siento mucho, no puedo prestársela.

—¿No puedes? entonces, querido, no irás al teatro.

—Como queráis, pero la llave no saldrá de mi poder.

—¡Pues no te das poca importancia! dijo Félix. ¿Si te crearás un gran personaje porque tienes una llave?

—Déjale, dijo Tirabuzon, y no hablemos más de él; en cuanto á tí, Félix, ¿vendrás conmigo?

—¡Oh! seguramente, porque yo prefiero el teatro á todo.

—¡Pues bien! ven.

Y el jóven hipócrita se acercó á Franklin y le dijo:

—¡No seas tan terco! ¿qué mal puede resultar de que Tirabuzon tenga la llave durante algunos minutos?

—No digo que pueda resultar ningun mal; pero no puedo prestarla, porque la señora me lo ha prohibido. Prometí que la llave no saldría de mis manos, y el Sr. Spencer me ha dicho siempre, que faltar á la palabra era tan criminal como robar.

Al oír la expresion de robar, Tirabuzon y Félix se vieron sobrecogidos por un terror involuntario, y mudaron de conversacion.

—Dame la mano, dijo el lacayo, eres un buen muchacho.

—Mucho sentiría que creyérais lo contrario.

—Tendremos la llave á despecho de su obstinacion; dijo Félix al oído de su cómplice: decidle que es un buen muchacho para que no sospeche, y esta noche cuando esté dormido, habrá ocasion de apoderarnos de ella.

Prepararon con el mayor sigilo la ejecucion de este plan, descubriendo el sitio donde Franklin depositaba de noche la llave; se apoderaron de ella tomando su marca en cera, y la dejaron en el mismo sitio mientras dormia el guardian.

Una vez obtenida la marca, ambos cómplices se dirigieron á casa de un cerrajero que les habian indicado las gentes de la cuadrilla, y encargaron una llave falsa para entrar en la casa.

Franklin era de un carácter poco desconfiado; pero á pesar de eso, cuando volvió á tomar la llave, notó que estaban tapadas sus guardas por algunas partes, y examinándola con atencion, notó que los abujeros estaban en su mayor parte obstruidos con cera; entonces comenzó á sospechar la verdad con tanto más motivo, cuanto que Félix le habia dicho en diferentes ocasiones, que con un poco de cera podia cuando quisiera, abrir cualquier puerta sin necesidad de llave. En su consecuencia, se apresuró á enseñar la llave á su ama y manifestarla sus temores.

—No tengo por qué arrepentirme de haberte confiado la llave, respondió la Sra. Churchill. Eres un muchacho digno y honrado: hoy debe venir mi hermano, le consultaré y veremos qué es lo que conviene hacer.

A la tarde el Sr. Spencer encontró á Franklin en la escalera y le tendió afectuosamente la mano, diciendo:

—Ahora yo soy quien debe estarte agradecido, has salvado la fortuna y quizás la vida de mi hermana.

—No he hecho más que cumplir con mi deber, respondió Franklin con modestia.

—¿Quieres ir esta noche al teatro?

—¡Oh! señor, con mucho gusto.

El Sr. Spencer registró en seguida toda la casa; examinó con atencion la despensa y encontró el cesto lleno de vajilla; mas allá lios y paquetes que contenian todo lo de más valor que poseia la Sra. Churchill; para alejar todo motivo de sospecha, no habia en el cuarto de los dos malhechores nada absolutamente por donde pudiera sospecharse su connivencia con los de fuera.

—Vea Vd. los vestidos nuevos de Tirabuzon, y las magnificas corbatas de Félix de que tanto hablaban estos dias.

—A fe mia que bien listos han de ser para ir esta noche al teatro:

—No, ciertamenté, no irán; estoy seguro de que pasarán la noche en la taberna, en compañía de sus cómplices.

—Sobre todo no se asuste Vd., señorita Pamfred.

—¡Oh! no tenga Vd. cuidado, con tal que Franklin tenga una carabina y yo el palo de una escoba, no temeré nada.

—Tendrá Vd. una cosa mucho mejor.

El Sr. Spencer salió al anoecer de casa de su hermana, y se dirigió á la taberna que frecuentaba el lacayo y solicitó hablar con el dueño.

—¿No cuenta Vd., le dijo, entre los concurrentes dos criados de la Sra. Churchill?

—Sí, caballero.

—¿Están ahora en casa?

—Sí, están en un gabinete con otros dos bebedores.

—¿Y qué traza tienen esos bebedores?

—Si he de decir lo que siento, no me gustan mucho.

—¿Sabe Vd. de qué tratan?

—No puedo decírselo á Vd. con seguridad, pero lo que sé es que hace muy poco disputaban acaloradamente.

—¿Y sobre qué?

—Con motivo de una llave. « Queremos tener la llave esta misma noche, » decían los forasteros.

—¿Y cuántos son?

—Dos solamente.

Tomados estos informes, el Sr. Spencer saludó al tabernero y se dirigió hácia una calle inmediata. Al poco tiempo volvía á casa de su hermana acompañado de un constable (1) y su ordenanza que colocó en una antesala que precedía á la pieza en que los malhechores habian depositado su botín. A las doce de la noche se oyó rechinar una llave en la cerradura, y Tirabuzon, seguido de sus cómplices, se dirigió á la pieza, pero fueron presos inmediatamente y conducidos á un calabozo.

(1) Agente de policfa.

La Sra. Churchill y la señorita Pamfred pasaron la noche en la vecindad.

—Señora, dijo la señorita Pamfred que desde por la mañana se habia enterado de lo ocurrido, gracias á la providencia, esos monstruos están presos. Me puse á la ventana para verlos pasar. ¡Qué tontos, la aseguro á Vd. que Félix no olvidará jamás este dia. En cuanto á Franklin es lo mejor que he conocido hasta el dia; Félix tenia una mirada traidora é insolente. Franklin, al contrario, tiene un aspecto modesto cuando habla con el Sr. Spencer, ó cuando este le pregunta alguna cosa.

—¿Sabe Vd. si mi hermano le ha recompensado?

—No, señora; pero yo sé perfectamente cuál sería la mejor recompensa que se le podria dar.

—Comprendo, comprendo. ¡Pues bien! Haga Vd. separar la mitad de mi vajilla, que se venda é imponga su valor á fin de asegurarle en lo venidero una modesta fortuna.

—¡Oh! señora, ¡ya sabia yo que era Vd. la misma bondad!

—Tome Vd. estos billetes y vaya Vd. con él al teatro.

—Gracias, señora; tendré una gran satisfaccion en acompañar á un muchacho tan honrado.

Desde entonces, la señorita Pamfred manifestó á Franklin una amistad sin limites, comprendió que los hijos no pueden ser responsables de las faltas de sus padres, y no volvió á despreciar á los niños que la sociedad filantrópica, con un celo digno de alabanza, trataba de arrancar, por medio de buena educacion, de la senda del crimen á que ejemplos perniciosos pudieran arrastrarles, tomando por máxima lo que la ciencia de todos los tiempos ha demostrado y reconocido, que no existe más diferencias entre los hombres que las que establecen el talento y la virtud.

LA SOMBRA.

¡Es cosa terrible cómo quema el sol en los países meridionales! Las gentes se vuelven tan morenas como la caoba, y en los más cálidos, negras como los mismos negros. Un sábio llegó de su país, del Norte, á uno de estos países cálidos, donde creía que podría pasearse á todas horas como en el suyo, pero muy pronto se persuadió de lo contrario, y se vió obligado á encerrarse durante el día en su casa, que exteriormente tenía el mismo efecto que si estuviera desalquilada.

El sábio de los países frios, que era muy jóven aun, se creía en un horno; adelgazaba más y más, y su sombra se estrechaba considerablemente. El sol le perjudicaba, hasta el punto de que realmente no vivia hasta despues de anochecer.

¡Qué placer entonces! En cuanto se encendia la bujía en la habitacion, la sombra se extendia por toda la pared y una parte del techo; se extendia lo más posible para recobrar sus fuerzas.

El sábio, por su parte, salia al balcon para expansirse y sentia que se reanimaba poco á poco á medida que aparecian las es-

trellas en el cielo. Muy luego se presentaba la gente en los balcones. En los países cálidos, todas las ventanas son bien rasgadas, porque hasta las personas de color de caoba necesitan aires; en una palabra, la calle, desde el crepúsculo, estaba llena de animación.

Tan solo una casa, la que se encontraba enfrente del sábio, no daba señal alguna de vida. Sin embargo, debía estar habitada, porque en el balcon se veían flores admirables, y para esto se necesitaba alguno que las cuidase; en cuanto oscurecía se abrían las vidrieras. Preguntó al patron quién vivía en la casa del frente, y le dijo que lo ignoraba, porque jamás se veía á persona alguna.

Una noche despertó el sábio, y creyó ver una extraña iluminación en el balcon de su vecino; todas las flores brillaban como llamas, y enmedio de ellas resplandecía, tanto como las flores, una jóven esbelta y elegante. Aquella luz tan viva hirió los ojos de nuestro hombre, se levantó de un salto y fué á apartar la cortina de la ventana para mirar la casa de su vecina: todo había desaparecido: la puerta del balcon permanecía entreabierta; parecía cosa de encantamiento lo que se ocultaba. ¿Quién habitaba aquella casa? ¿por dónde tenía la entrada? Todo el piso bajo se componía de tiendas, y por ninguna parte se veían portal ni entrada que condujeran á los pisos superiores.

Estaba otra noche sentado el sábio en su balcon, y detrás de él ardía una bujía; era, pues, muy natural, que su sombra se dibujase en la pared del vecino; presentábase entre las flores y repetía todos los movimientos del sábio.

—Creo que mi sombra es la única cosa que vive allí enfrente; con cuánta gallardía está sentada entre las flores, cerca de la puerta entreabierta! ¡si fuera bastante sutil para entrar, mirar lo que pasa y venir á contármelo!— ¡Véte, pues! gritó chancéandose, manifiesta que sirves para algo; ¡vamos, entra!

Enseguida hizo una señal con la cabeza á la sombra, y la sombra repitió la señal. —¡Véte! pero no te estés demasiado tiempo,

El sábio se levantó al pronunciar estas palabras, y la sombra hizo lo mismo. Se volvió, y la sombra se volvió tambien. Cualquiera que hubiera prestado atencion, habria podido observar que la sombra entraba por la puerta entreabierta en casa del vecino, en el momento en que el sábio entraba en su dormitorio dejando caer tras de sí la cortina.

Al dia siguiente salió este último con toda la fuerza del sol, para tomar un refresco y leer los periódicos, y de repente exclamó: —¿Qué es esto? ¿dónde está mi sombra? ¿se iria efectivamente anoche y no habrá vuelto aun? Sería una fatalidad.

Su alarma fué grande, no porque la sombra hubiese desaparecido, sino porque sabia como todo el mundo la historia de un hombre sin sombra en los países frios, y si al volver á su patria referia un dia lo que le habia pasado, se le acusaria de plágio sin merecerlo; resolvió, pues, no hablar del suceso á nadie, é hizo bien.

Por la noche volvió á su balcon despues de colocar la vela á su espalda para hacer que volviera la sombra: pero en vano se estuvo y se hizo pequeño, la sombra no volvió á parecer.

Esta separacion le atormentó mucho; pero en los países cálidos todo renace con rapidez, y notó con gran placer, al cabo de ocho dias, que una nueva sombra salia de sus piernas poco más ó menos á la misma hora en que habia echado de menos á la otra: sin duda conservaba la raíz de la antigua.

Al cabo de tres semanas, cerca ya del otoño, tenia una sombra conveniente, y en un viaje que hizo al Norte, creció de tal manera, que nuestro sábio se hubiera contentado con la mitad.

Vuelto á su país, compuso muchos libros sobre lo que el mundo tiene de bueno, de bello y de verdadero, empleando en dicho trabajo muchos años.

Una tarde que estaba sentado en su habitacion, llamaron á la puerta.

—¡Adelante! dijo.

Pero nadie entró. Fué entonces á abrir la puerta y vió á un

hombre muy alto y muy seco, perfectamente vestido y con las maneras más distinguidas.

—¿A quién tengo el honor de hablar? preguntó el sábio.

—Ya me figuraba yo que Vd. no me reconocería, respondió el hombre delgado; ¡vea Vd.! he llegado á adquirir cuerpo, tengo carne y llevo vestidos. ¿No conoce Vd. ya á su antigua sombra? Sin duda creyó Vd. que no volvería. He corrido varios azares, de los cuales he salido bien; soy rico, y por consecuencia he adquirido medios para rescatarme.

Enseguida hizo sonar un monton de diges, pendientes de la pesada cadena de oro de su reloj, y sus dedos, cubiertos de diamantes, despedían rayos de luz.

—¡No puedo acordarme! dijo el sábio: ¿qué significa esto?

—Usted lo sabe muy bien, que he seguido sus huellas desde la infancia. Encontrándome ya bastante capaz para manejarme por mí, me lanzó Vd. al mundo y me he manejado perfectamente bien. He deseado volver á ver á Vd. antes de su muerte y visitar mi patria, porque como Vd. no ignora, siempre amamos la patria, y sabiendo que tiene Vd. otra sombra, vengo á saber si debo algo á ella ó á Vd. Hable Vd. si lo tiene por conveniente.

—¡Pero eres verdaderamente tú! respondió el sábio. Esto es extraordinario; nunca hubiera creído que mi antigua sombra volviera á buscarme bajo la forma de un hombre.

—Dígame Vd. qué le debo, replicó la Sombra, no me gustan las deudas.

—¿De qué deudas hablas? ya ves que me alegro de tu buena suerte; siéntate, mi antiguo amigo, siéntate, y refiéreme todo lo que ha pasado. ¿Qué viste en casa del vecino la noche que te dije que entraras en ella?

—Yo se lo referiré á Vd., pero con una condicion; que á nadie ha de decir en esta ciudad que he sido su sombra. Tengo intención de casarme, puesto que mis medios me permiten sostener mujer y familia, y aun más.

—¡Tranquilízate! A nadie diré quién eres. Hé aquí mi mano, te lo prometo. Un hombre es un hombre, y una palabra....

—Y una palabra es una sombra.

Al pronunciar estas palabras la sombra se sentó, y ya sea por orgullo, ó por otro motivo, plantó sus piés, calzados con botas de charol, sobre los brazos de la nueva sombra, que yacia á los piés del amo como un perro. Esta se mantuvo muy quieta para escuchar, impaciente por saber cómo podria emanciparse ella tambien y llegar á ser dueña de sí.

—¿A que no adivina Vd. quién habitaba en el cuarto vecino? dijo la primera sombra: era una persona encantadora; era la poesía. Allí permanecí tres semanas, y este tiempo me ha valido para mí tres mil años; he leído todos los poemas posibles, los conozco perfectamente. Por ellos lo he visto y lo he sabido todo.

—¡La poesía! exclamó el sábio; sí, las más de las veces es un verdadero solitario enmedio de las grandes ciudades; yo la he visto un instante, pero el sueño cerraba mis ojos, brillaba en el balcon como una aurora boreal.

—Veamos, continúa.

—Una vez dentro, gracias á estar la puerta entreabierta, me encontré en una antecámara que estaba casi á oscuras, pero divisé delante de mí una inmensa fila de habitaciones con puertas de dos hojas. La luz penetraba por grados, y sin las precauciones que tomé antes de llegar á la dueña de la casa, me hubiera deslumbrado.

—Por último, ¿qué viste? preguntó el sábio.

—Lo ví todo, como decia á Vd. hace un momento; pero entre paréntesis, aunque ciertamente no tengo orgullo, con mis conocimientos, y en mi calidad de hombre libre, dejando á un lado mi posicion y mi fortuna, deseo que no vuelva Vd. á tutearme como á un cualquiera.

—Suplico á Vd. me perdone, es una antigua costumbre, tiene usted razon: pero concluyamos, ¿qué veía Vd.?

—¡Todo! lo he visto todo y todo lo sé.

—¿Qué aspecto presentaban las salas interiores? ¿Se asemejaban á una fresca selva, á un santuario ó al cielo estrellado?

—Tenian cierta semejanza con todos esos sitios fascinadores,

y aun cuando es cierto que yo no puse los piés en ellos, desde la antesala lo he visto todo.

—Pero en fin, ¿pasaban por aquellos salones los dioses de la antigüedad? ¿Combatian en ellos los antiguos héroes? ¿Jugaban en ellos y narraban sus sueños hermosos é inocente niños?

—Repito á Vd. que lo he visto todo; al pisar aquellos umbrales no hubiera sido capaz de llegar á ser un hombre, pero yo he llegado á conseguirlo. Allí aprendí á conocer mi verdadera naturaleza, mis talentos y mi parentesco con la poesía. Cuando estaba aun en compañía de Vd., nunca reflexionaba; pero debe usted recordar que crecia siempre á la salida y postura del sol. A la luz de la luna, parecia casi más visible que Vd., solo que entonces no conocia mi verdadera naturaleza; en aquella antesala aprendí á conocerla. Mi talento estaba ya en estado de madurez en el momento que me lanzó Vd. en el revuelto torbellino del mundo; pero Vd. se marchó de pronto dejándome completamente desnudo. Muy luego me avergonzé de hallarme en semejante situacion; necesitaba vestidos, botas, en una palabra, todo ese barniz que constituye el hombre. Me oculté, se lo digo á usted sin temor, persuadido de no poseerlo. Unicamente salia de noche para correr las calles á la luz de la luna. Subia y bajaba á lo largo de las paredes mirando por las grandes ventanas los suntuosos salones, y por los tragaluces las bohardillas. Ví por donde nadie podia mirar, y lo que nadie podia ni debia ver. Para hablarle á Vd. con verdad, debo decir que este mundo es muy vil; y si pudiera despojarme de la preocupacion de que un hombre significa algo, no se me daría nada por serlo. He visto cosas que no pueden imaginarse, entre las mujeres, entre los hombres, entre los padres y los encantadores niños. He visto lo que nadie debia saber, pero que todos arden en deseos de averiguar, el mal del prójimo. Si hubiera escrito un periódico, le habrian devorado; pero preferia escribir directamente á las mismas personas, y en todas las poblaciones por donde pasaba causaba un terror inaudito. Me temian y me querian. Los profesores me hicieron profesor; los sastres me dieron trajes, tengo un sin

número de ellos; el director de la casa de moneda acuñaba para mí; las mujeres decían que era buen mozo. De esta manera he llegado á ser lo que soy. Dicho esto, tengo el honor de ofrecer á Vd. mis respetos: hé aquí mi tarjeta; vivo al lado del sol, y cuando llueva me encontrará Vd. siempre en mi casa.

¡Al concluir estas palabras, la sombra partió!

—Esto es muy original, dijo el sábio.

Trascurrido un año justo, volvió la sombra.

—¿Cómo le va á Vd.? preguntó.

—¡Ay! escribo sobre lo bueno, lo bello y lo verdadero, pero nadie hace caso de ello. Estoy desesperado.

—Hace Vd. mal; míreme Vd.; mientras Vd. escribe yo engordo, que es lo que me conviene: no conoce Vd. el mundo; le aconsejo que viaje; otra cosa mejor, yo voy á hacer una correría este verano, si quiere acompañarme en calidad de sombra, yo pago el viaje.

—¿Va Vd. muy lejos?

—No lo sé, segun. Aseguro á Vd. que el viaje le sentará bien. Sea Vd. mi sombra y no tendrá que gastar nada.

—¡Esto es ya demasiado! dijo el sábio.

—Así es el mundo, y siempre será lo mismo, replicó la sombra al despedirse.

El sábio se encontró cada vez peor á fuerza de tédio y pesares. Lo que decía en su obra de lo bueno, lo bello y lo verdadero, produjo en la mayor parte de los hombres el mismo efecto que las coplas de Calainos.

«Parece Vd. una sombra,» le dijeron, y esto le hizo estremecerse.

—Es necesario que vaya Vd. á tomar los baños, le dijo la sombra, que habia vuelto á visitarle; es el único remedio. Me iré en su compañía, porque mi barba no crece bien, y esta es una enfermedad. Yo pago el viaje, Vd. hará la descripción de él y esto me divertirá en el camino. Sea Vd. razonable y acepte mi ofrecimiento; viajaremos como antiguos camaradas.

Al fin se pusieron en camino. La sombra se habia convertido

en amo, y el amo en sombra. Por todas partes se seguian tocándose, ya por delante ó por la espalda, segun la posicion del sol. La sombra sabia ocupar siempre el puesto del señor, y el sábio no se incomodaba. Tenia buen corazon, y dijo un dia á la sombra:

—Puesto que somos compañeros de viaje y hemos crecido juntos, tuteémonos, esto produce más intimidad.

—Habla Vd. con franqueza, replicó la sombra dirigiéndose al verdadero señor; yo tambien hablaré francamente. En calidad de sábio, debe Vd. saber qué rarezas tiene la naturaleza. Hay personas que no pueden tocar un papel de estraza sin estremecerse; otras tiemblan al oír el roce de un clavo sobre un cristal; en cuanto á mí, experimento la misma sensacion cuando oigo que me tutean; me parece que vuelvo á arrastrarme por el suelo como en el tiempo en que era sombra de Vd. Ya ve que esto en mí no es vanidad, sino sentimiento. No puedo dejar que me tutee Vd., pero en cambio le tutearé yo; será la mitad de lo que desea.

—¡Esto es demasiado fuerte! pensó el sábio; yo le trato de *usted* y él me tutea. Sin embargo, se conformó con su suerte.

Llegado que hubieron á los baños, encontraron una multitud de extranjerios; entre otros, una bella princesa atacada de una enfermedad que inspiraba recelos: la de ver con demasiada claridad.

Distinguió muy pronto á la sombra entre todos los demás:

—Segun dicen, exclamó, ha venido aquí para que se desarrolle su barba; pero la causa verdadera de su viaje, es que no tiene sombra.

Llena de curiosidad, entabló conversacion con el extranjerio en un paseo; en su calidad de princesa, no tenia necesidad de hacer muchos cumplimientos, y le dijo:

—Vuestra enfermedad consiste en que no producís sombra.

—Vuestra alteza real se encuentra felizmente muy aliviada, respondió la sombra; padecía por ver con demasiada claridad; pero ahora se encuentra perfectamente curada, porque no ve que tengo una sombra, y hasta si se quiere, una sombra ex-

traordinaria. ¿Veis la persona que me sigue continuamente? Pues no es una sombra de las comunes. Así como damos muchas veces á los criados por librea paño más fino que el que usa uno mismo, así he adornado yo á mi sombra, como si fuera un hombre, y hasta he puesto á su servicio otra sombra. Cueste lo que cueste, me gusta tener cosas que no tengan los demás.

—¡Qué! dijo para sí la princesa; ¿estoy realmente curada? Verdad es que el agua en nuestros tiempos posee una virtud singular, y estos baños gozan de una gran reputacion. Sin embargo, no los dejaré tan pronto, se pasa aquí agradablemente el tiempo, y este jóven me agrada. ¡Con tal que no le crezca la barba! porque se iria.

La princesa bailó con la sombra en el salon de baile; era muy ligera, pero su caballero lo era mucho más; nunca habia encontrado una pareja semejante. Le dijo el nombre de su país, y él le conocia muy bien, porque le habia mirado por las ventanas: contó á la princesa cosas que la admiraron mucho. Seguramente, era el hombre más instruido del mundo. Ella le manifestó poco á poco su estimacion volviendo á bailar con él otra vez; rebeló su amor en sus miradas, que parecian penetrarle. Sin embargo, como era una jóven juiciosa, se dijo á sí misma: «Es instruido, bueno; baila perfectamente, es muy bueno; ¿pero posee conocimientos profundos? Esto es lo más importante; quiero examinarle un poco sobre este punto.»

Y comenzó á preguntarle cosas tan dificiles, que tal vez no hubiera podido contestarlas ella misma. La sombra hizo un gesto.

—¿No sabe contestar? dijo la princesa.

—Yo sabia todo eso en mi infancia, respondió la sombra, y estoy seguro que mi sombra que veis allá abajo delante de la puerta, os responderá fácilmente.

—¡Vuestra sombra! eso sería sorprendente.

—No estoy seguro, pero lo creo, puesto que me ha seguido y escuchado durante tantos años. Unicamente me permitirá V. A. R. que llame su atencion sobre un punto muy importante:

esta sombra está tan orgullosa con pertenecer á un hombre, que es preciso tratarla como tal para encontrarla de humor de que conteste bien.

—Corriente, dijo la princesa.

Enseguida se acercó al sábio para hablarle del sol, de la luna y del hombre; á todo respondia perfectamente y con mucho talento.

—Qué hombre tan distinguido será, dijo para sí la princesa, cuando tiene una sombra tan sábia! Sería una bendicion para mi pueblo si le escogiera por esposo.

La princesa y la sombra arreglaron su casamiento; pero nadie debia saberlo hasta que la princesa estuviera de vuelta en su reino.

—¡Nadie! ni aun mi sombra, dijo la sombra, que tenia sus razones para ello.

Cuando llegaron al país de la 'princesa, la sombra dijo al sábio:

—Escucha, mi amigo, yo soy feliz y poderoso; he llegado á la cúspide de la fortuna y quiero darte una prueba de mi benevolencia. Habitarás en mi palacio, tendrás tu puesto á mi lado en mi coche real, y recibirás cien mil escudos anuales de sueldo. No te impongo más que una condicion y es, que te has de dejar calificar de sombra por todos. Jamás dirás que has sido un hombre, y una vez al año, cuando me presente al pueblo en el balcon iluminado por el sol, te acostarás á mis piés como una sombra. Está ya convenida mi union con la princesa y la boda se celebrará esta noche.

—¡No, eso es demasiado! exclamó el sábio; jamás consentiré en ello; yo desengañaré á la princesa y al país entero. Quiero decir la verdad; soy un hombre y tú no eres más que una sombra vestida.

—Nadie te creerá: sé razonable ó llamo la guardia.

—Yo voy á encontrar á la princesa.

—Yo llegaré primero y haré que te reduzcan á prision.

Dicho esto, la sombra llamó la guardia, que obedecia ya al

futuro esposo de la princesa, y el sábio fué conducido á la cárcel.

—¿Tiemblas? dijo la princesa al volver á ver la sombra. Cúidate, no vayas á ponerte enfermo el dia de tu boda.

—Acabo de pasar por una escena bastante cruel; mi sombra se ha vuelto loca. Figúrate que se le ha puesto en la cabeza que ella es hombre y que yo soy la sombra.

—¡Eso es terrible! la habrán encerrado, no es verdad.

—¡Sin duda, pero temo que nunca recobre la razon!

—¡Pobre sombra! dijo la princesa; es muy desgraciada. Tal vez sería un beneficio quitarla la poca vida que la resta. ¡Sí! Pensándolo bien, creo necesario concluir con ella secretamente.

—Es una cruel extremidad, respondió la sombra fingiendo un hondo pesar; pierdo un fiel servidor.

—¡Qué noble carácter! dijo para sí la princesa.

Llegada la noche, se iluminó toda la ciudad al estampido del cañon; por todas partes resonaban músicas y cantos. La princesa y la sombra se presentaron en el balcon, y el pueblo embriagado de alegría, gritó tres veces ¡hurra!

El sábio nada vió, nada oyó, porque le habia asesinado su sombra.

LO ANTIGUO Y LO MODERNO.

I.

Hay en la coronada villa, dentro del cuartel que la hace corte, porque en él está comprendido palacio, un antiguo caseron de irregular alineacion, fachada estrambótica y fea catadura: sus paredones, de ladrillo y pedernal, han tomado con el tiempo un color desagradable de chocolate sin leche; sus monstruosas rejas salientes, dan mucha utilidad á los sastres y sombrereros; sus colosales balcones quitan las vistas á los vecinos; su descomunal alero, hace que el sol esté perpétuamente reñido con la calle, y sus formidables canalones acaban con todos los paraguas y abruman á todos los caballos y cocheros que se aventuran á pasar por debajo de ellos cuando llueve.

«Eso no puede ser,» nos dirá algun lector que haya oido hablar de los bandos para remeter las rejas y balcones, moderar los canalones y revocar las fachadas. No solo puede ser, le repetimos al lector inocente, sino que es: ¿pues qué, no está cerca, muy cerca de la Puerta del Sol, en lo mejor de una de las principales calles que parten de ella; la horrible parte trasera de

una gran casa, cuyo derribo y alineacion no consiguen todos los gacetilleros de Madrid reunidos, el Excmo. Ayuntamiento y el heróico vecindario de la villa?

La casa á que nos referimos, y que no tendríamos gran reparo en citar con pelos y señales, se conserva exteriormente en el mismo ser y estado que cuando la reedificaron, por los años de 1830, «reinando la católica y sacra real majestad del rey nuestro señor D. Carlos II, de feliz memoria,» como dice al pié de la letra un pedrusco desportillado, en que apenas se distinguen los infinitos panes y calderones que habia en los distintos cuarteles de un gran escudo de armas del antiguo reparador de aquel palacio solariego, cuya fundacion opinan más de cuatro autores, de esos que ahora se ganan bonitamente la vida publicando obras de heráldica, que es debida al tatarabuelo materno de Pipino el Breve.

En la tal casa, que exteriormente parece que hace alarde de conservar en toda su pureza el detestable gusto de las construcciones urbanas de su época, pero que del portal para adentro ha admitido el pavimento de alabastro, el papel pintado, la claridad del gas y todas las mejoras que tanto han aumentado el *confort* de la vida doméstica, ocupaban una noche de Enero último cierto salon, ricamente amueblado, hasta docena y media de personas de ambos sexos: habia allí antiguas damas de la córte de María Luisa y empleados por Godoy en nombre de Carlos IV; señoras, no tan antiguas, pero sí de sangre azul, que habian sido muy aficionadas á los sermones del *Trapense*, y covachuelistas que recordaban perfectamente á todas las mozas de retrete de los primeros años de Fernando VII; por último, y para que un forastero que entrara en aquella reunion no fuera á creer que se acababa el mundo, habia tambien jóvenes casadas, de las cuales las entradas en años decian alguna vez que tenian aficion al cláustro, y mozos tambien, entre ellos algunos que llevaban cosido al lado izquierdo de la levita un pedazo de paño colorado ó verde, en señal de que estaban prontos á ir á matar infieles; los habia que venian del Senado y hasta del Con-

greso, y los había, en fin, que iban á un ministerio á justificar su puesto..... en la nómina.

Las viejas, y aun las entradas en años, dormían al amor de una excelente chimenea de carbon de piedra; las jóvenes, principalmente las aficionadas al claústro, cuchicheaban con los que tenían el remiendo encarnado ó verde en la levita; el resto de la sociedad formaba un grupo alrededor de un velador, sobre el cual se veían algunos periódicos, y se quitaba la palabra para denostar al periodismo (que había sido el principio del debate, ó más bien del sermón, porque no había habido réplica), y todas las novedades modernamente introducidas, para lamentarse del siglo actual y proclamar al XVII, como muy superior á nuestra época.

Aunque sea mal visto en tal casa ocuparse de los criados, necesitamos echar una mirada por las antesalas, siquiera no vuelvan á permitirnos despues asomarnos al salón.

Armaban en una pieza interior una algaravía infernal cierto número de mayordomos, lacayos, amas de llave y doncellas de labor, quitándose la palabra para contar sus respectivas cuitas, bajo la presidencia del mayordomo de la casa, viejosordo, ocupado un cuarto de hora hacía en dar con el esclavon á la piedra, sin conseguir lumbre para encender la pipa, pero testarudo en no hacer uso del fósforo que le ofrecían: los demás miembros de aquel conciliábulo, narraban sus impresiones del día: el uno contaba los malos ratos que á su amo le habían dado los acreedores; la otra refería la escena que había tenido con su ama la marquesa, que la debía medio año de soldada: éste se preciaba de que á él nada le debían, porque el mismo día que le traían la paga á su amo le pagaba puntualmente: aquel envidiaba la casa en que se recibía paga, y aseguraba que no solo le debían la suya, sino todos los ahorros de su vida que había prestado al señorito para que comprase carruaje de cesta que acababa de estrenar. Tras de esto venían otras revelaciones más picantes, sobre quién entraba y quién salía en cada casa; sobre tal carta y cuál contestación; sobre tal visita del escribano y tal

vuelta del alguacil, y había tambien su competencia acerca de quién entendía mejor la manera de calentarse á la lumbre de las casas que se quemaban.

Mientras así pasaba la noche aquella reunion de murmuradores, habian tomado posesion de la antesala principal, que servia de paso á la escalera, dos personas de extraño y misterioso aspecto. El lector habrá observado, por los cuentos reunidos hasta aquí, que no somos demasiado aficionados á habérnoslas con cosas sobrenaturales, y no llevará á mal que nos veamos ahora en la necesidad de acudir á lo maravilloso: ¿no son cosas maravillosas la casa antigua, el escudo de armas, el remiendo colorado ó verde en la levita y la narracion entera que venimos haciendo? Y sin embargo, ¿no es positiva la maravilla de que esas cosas sobrenaturales se sostengan todavía? Pues al lado de ese gran absurdo en su origen, y de esta gran inverosimilitud en nuestros dias, lo que vamos á contar no es sino la cosa más sencilla del mundo. Las dos personas que se habian instalado en la antesala, donde los concurrentes á la tertulia tenian los abrigos, los paraguas y los chanclos, eran de distinto sexo, y á primera vista parecian dos criados en espera de sus amos; pero mirándolos con atencion, pronto se echará de ver que no eran lo que parecian: ella, jóven de rara hermosura, delicada, alegre, vivaracha y coqueta, vestida con esquisito gusto y riqueza, en apariencia al menos, era una de las hadas que la Felicidad tiene á sus órdenes para distribuir á los mortales las dichas de segundo orden; él, de una edad tan indefinible, que nadie comprenderia que hubiera sido niño nunca, ni que pudiera ser viejo jamás, robusto, pensativo, grave, severo en el traje, era el Trabajo.

Questionaba la pareja, como sucede con mucha frecuencia cuando se encuentran, sobre quién habia empleado mejor el dia: la hada de la Felicidad alegaba el servicio que habia prestado á una jóven, haciendo que la tocara un premio de la lotería para que pudiera comprar un vestido de lujo: el Trabajo referia que mientras tanto, él habia hecho ganar la oposicion á una cá-

tedra á un estudiante aplicado que iba á ser el sosten de sus padres; y como siguiera la polémica, la Felicidad dijo:

—Pues bien; veamos quién sabe hacer las cosas mejor: voy á colocar aquí un par de chanclos maravillosos; el que se los calce se verá trasportado inmediatamente á donde desee; de ese modo será el mortal más feliz de la tierra.

—Te engañas, contestó el Trabajo, será el más infortunado y bendecirá el momento en que se vea libre de tus chanclos.

—Lo veremos; voy á colocar los chanclos cerca de la puerta, alguno se los pondrá al salir de la sala.

—Al lado voy á poner yo otros, dijo el Trabajo, para ver si alguno se los coloca por equivocacion.

La competencia prometia.

II.

El primero que apareció en la antesala, fué el antiguo covachuelista, que habia tomado la parte principal en el apoteosis del siglo XVII, y que aun se hallaba visiblemente preocupado con la idea que acababa de explanar, cuando cojió la capa, el sombrero y el paraguas y se puso los primeros chanclos que encontró á mano.

Muy cerca de él, salió un señorito de los del remiendo colorado, que era el que todas las tardes se paseaba por la Fuente Castellana en la cesta á que habia contribuido su criado, y entregado sin duda á los recuerdos de la conversacion íntima que habia tenido con una de las jóvenes de la reunion, no reparó en los chanclos que se ponía.

—¡Qué tiempo tan infernal! exclamó el covachuelista al salir del portal y dar vista á la calle; ¡qué oscuridad! no se distingue la acera; ¡maldito ayuntamiento! ¡maldito gas! ¿Será tarde y habrán apagado los faroles?

Las tinieblas eran en efecto completas; nuestro hombre abrió el paraguas, sobre el cual descargó uno de los canalones de que hemos hablado cosa de diez metros cúbicos de agua; cuando se

puso fuera de su alcance, distinguió una luz muy débil; creyó que sería el farol de alguna tienda; no tardó en advertir que era una lamparilla que hacia como que iluminaba un retablo de la Virgen colocado en una esquina.

Mientras tanto, en vano buscaba la acera; no encontraba más que un lodazal, tan profundo, que no le era posible dar con lo firme del empedrado.

Habia llegado debajo del farolillo del retablo, cuando vió acercarse dos personas: la una llevaba guarda-piés y manto, la otra capa y espada y sombrero chambergo con plumas, y no pudo menos de exclamar al verlas:

—¡Qué desmoralizacion! Estamos en Enero y ya andan las máscaras por la calle; ¡no les basta el carnaval y el nefando entierro de la sardina!

La luz de otro farolillo colocado delante de un Crucifijo, le permitió distinguir un bulto embozado y parado delante de una reja, que con malos modos, le hizo pasar al otro lado de la calle, recomendándole que anduviera de priesa sino queria recibir una estocada.

Aun no habia salido de la calle del Biombo, donde habia tenido este encuentro, ni de su prudente asombro, ni habia perdido de vista al Crucifijo, cuando se le echaron encima dos hombres que salieron del hueco de una puerta, y le quitaron la capa, el relój, la cadena y el dinero que llevaba, y le echaron á rodar el paraguas por el fango.

Templado el ánimo del covachuelista, como es de suponer, buscaba inútilmente un sereno ó una pareja de veteranos, cuando vió rodeada una casa de la calle del Viento, por un grupo de gentes vestidas de alguaciles, que llevaban una linterna sorda en la cintura; por de pronto, creyó que era alguna reunion de serenos, y ya iba á acojerse á ellos, cuando se abrió una ventana.

—¿Quién va? preguntó una mujer.

—¡Abrid á la Santa Inquisicion! contestó un hombre vestido de negro.

El covachuelista retrocedió espantado, empezaba á sentirse malo; el agua le llegaba hasta la camisa; el miedo se habia hecho dueño de su corazon y dudaba si estaba soñando ó despierto.

Pero mientras dudaba, sintió que se abria otra ventana y gritaban desde ella:

—¡Agua va!

Era falso: si se hubiera tratado de agua, no le habria importado nada á él que estaba calado hasta los huesos.

Fué muy crítica la situacion en que llegó á estar el covachuelista, consecuencia de aquel grito engañoso; pero estaba condenado á no pensar en una de las crisis por que pasaba sin caer en otra.

Habia tomado el partido de colocarse debajo de un canalon, cuando resonó en sus oidos, casi repentinamente, un ruido extraño de pasos rápidos é irregulares y de gruñidos, que formaban un estrépito espantoso; era indudable que se acercaba una manada de fieras: el covachuelista se guareció de un salto en el átrio del convento de monjas de Santa Clara (1).

A tiempo habia tomado ese partido, porque no bien se encontró á salvo, cuando vió pasar cosa de unos cincuenta cerdos privilegiados de San Anton, que si no le hubieran herido, le habrian al menos derribado en el lodazal á encontrarle al paso (2).

—¡Dios me perdone! exclamó nuestro peregrino en Madrid; creo que he perdido la cabeza.

Pasado el peligro, nuestro aficionado á lo antiguo, que se ha-

(1) Estaba en lo que hoy es Plaza de Oriente.

(2) Los famosos cerdos de los frailes de San Anton, gozaban el privilegio de pasearse por Madrid, revolviendo todos los basureros amontonados por las calles; revolcándose en ellas; estropeando el piso; derribando á los transeuntes; metiéndose entre las mulas de los coches y haciéndolas desbocar frecuentemente, sin que nadio pudiera contenerlos que no se las hubiera con los alcaldes de casa y corte y con la real Cámara por vía de patronato: los frailes se aprovechaban del privilegio para tener muchas y numerosas manadas de tales animalitos, que se criaban extraordinariamente gordos, sin que costaran una blanca al convento de San Anton.

bia moderado ya mucho en su entusiasmo, trató de insistir en la idea de llegar á su casa, idea muy honesta y muy justa, que sin embargo iba perdiendo la esperanza de conseguir; y empeñado, no sin razon, en que debia hallarse en la iglesia de Santiago actual, aunque desconocia completamente los sitios, trató de buscar las calles de Santa Clara, Vergara, Union, Independencia, etc., admirándose cada vez más de no dar con ellas; aprovechando la ocasion de encontrarse con un mendigo que le pidió limosna medio en latin medio en castellano, procuró orientarse acerca del sitio en que se encontraba, y no sacó nada en limpio cuando señalándole á derecha é izquierda, le citó las calles de Quebranta-piés, del Gallo, del Recodo, del Buey y de la Parra: vió pasar á cierta distancia una silla de manos acompañada por lacayos con hachas de viento; aprovechó aquella claridad para echar una mirada por la decoracion que le rodeaba, y creyó encontrarse en un lugar subalterno de Castilla.

Fuera de alguno que otro caseron por el estilo de aquel en que acababa de hacer la apología de los siglos pasados, no veia más que casas á la malicia (1), sobre las cuales descollaban las iglesias de Santiago y Santa Clara, las parroquias de San Juan, San Gil el Real y San Miguel de la Sagra (2).

—O estoy siendo víctima de una horrible pesadilla, exclamó el covachuelista, ó el ponche se me ha subido á la cabeza; pero, ¿cómo? si no he bebido más que una copa; el hecho es que me siento mal, muy mal; estoy por volverme á casa de la ba-

(1) Se hacian con *malicia* casi todas de un solo piso, para librarse de la carga de aposento en los principales, á la servidumbre del rey, ministros, embajadores, consejeros y otros funcionarios de la corte: esta imposicion oficial sobre los propietarios, fué causa de que las dos terceras partes del caserío de Madrid llegaran á ser pobres, miserables y ridículas.

(2) Mientras la regalia de aposento se imponia asi á la propiedad, los conventos, que ocupaban la tercera parte del suelo de Madrid, limitaban la altura de las casas fronteras y contiguas, el número de las ventanas, las salidas y comunicaciones; exigián que ninguna casa les privara de luces, ventilacion é independencia, ni registrarán sus espaciosas huertas, ni impedirían que á sus estendidas y solitarias cercas dominasen en calles despobladas.

ronesa de Casa-Adan; pero ¿de qué manera? ¿acaso sé por dónde?

El ruido de un carruaje vino á realizar su más vivo deseo.

—Malditos coches de plaza, se dijo, y hay quien sostiene que son muy útiles; nunca se encuentra uno cuando se necesita; ¡con tal que este no vaya alquilado!

El carruaje era un *chirrión* (1).

El covachuelista se quedó aturdido con el ruido, mareado con el olor y á pié.

Entonces pensó en la necesidad de entrar en alguna parte para no pasar la noche á la intemperie; la brújula de su cabeza le decia que se encontraba en la Puerta del Sol; sus ojos no la reconocian, y no encontraba persona á quien pedir auxilio para que le llevara á su casa.

Una luz que vió fija á alguna distancia, le pareció el faro que debia conducirle á puerto de salvacion, y á paso largo se dirigió hácia ella; cuando llegó, se encontró con uno de los *bodegones de puntapié*, es decir, ambulante, que con los tinglados y cajones de comestibles ocupaban los mejores sitios de Madrid.

Por fin creyó ver más lejos una puerta entreabierta, y no se equivocó; era un bodegon, al cual, ¡oh mengua! se acogió resueltamente el covachuelista tertuliano del caseron antiguo color de chocolate sin leche. Descendió cuatro escalones, y caminó vía recta hácia el mostrador, que se divisaba en el fondo de la pieza á través de la nube de tufo, producida por dos mecheros que funcionaban, de los cuatro de que constaba un enorme velon colgado del techo.

Nuestro peregrino madrileño se dirigió á un hombre que se hallaba de pié detrás del mostrador, y despues de saludarle, le dijo:

—Perdone Vd., me he sentido repentinamente indispuerto en la calle, y quisiera que hiciese Vd. el favor de enviar á un ca-

(1) Carro pequeño, pero muy estrepitoso, anterior á los de Sabatini (que fueron un progreso enorme), para llevar lo más grueso de los montones de basura que obstruia las calles.

marero á buscar un tres por ciento de plaza que me llevara á mi casa, calle de Espoz y Mina.

El hombre miró al recién venido de piés á cabeza, con aire de asombro; éste repitió su petición y la forma de ella, y el acento, y el traje de la persona, confirmaron al bodegonero en su primera idea, de que se las habia con un extranjero; todo lo que creyó comprender fué que se habia puesto malo, y en su consecuencia fué á mandar hacer una taza de hoja de luisa. Entretanto el covachuelista advirtió que estaba siendo objeto de la curiosidad de todos los concurrentes al bodegon.

Reduciáse éste á una pieza no muy espaciosa, baja de techo, sin adorno alguno en las paredes, que en su tiempo debieron estar blanqueadas y ahora estaban ennegrecidas por el belon; por toda la estancia corria, á manera de friso, una pieza de estera clavada en la pared, sin duda para que los que á ella se arrimasen no sacaran en el vestido el poco yeso que quedaba, sino el mucho hollin que habia por todas partes; unas mesas de pino, escoltadas por tiras estrechas de la misma madera, completaban el ajuar de aquel establecimiento, uno de los más famosos de Madrid en su época. La concurrencia no era grande en verdad, solo habia dos mesas ocupadas; la una por dos hombres, la otra por cuatro, que hablaban por los seis; el covachuelista notó que todos ellos llevaban capa y una especie de hongo, y notó más todavía, que no le quitaban ojo. Reparando aquella impertinente curiosidad, y con el objeto de entretenerse mientras le traian el carruaje de plaza, el covachuelista, no obstante su aversion á los periódicos, fué por recurso á cojer un pape que vió sobre una mesa vacía; no bien le tuvo en la mano, cuando le chocó lo malo del papel y lo detestable de la impresion, pero mucho más le chocó la lectura, que decia así:

«Sepan todos los vecinos y moradores desta villa de Madrid, corte de S. M., estantes y habitantes en ella, como el Santo Oficio de la Inquisicion de la ciudad y reino de Toledo, celebra auto público de fé en la plaza Mayor de esta corte, el domingo 30 de Junio de este presente año, y que se les conceden las gra-

cias y indulgencias por los Sumos Pontífices, dadas á todos los que acompañaren y ayudaren á dicho auto.»

Mándase publicar para que venga á noticia de todos.

—¡Diablo! exclamó el covachuelista separando la vista de aquel papel y tirándole sobre la mesa, decididamente estoy loco ó borracho.

Uno de los cuatro compañeros, que no habia dejado de mirarle mientras cogió y leyó el papel, se levantó de su asiento, fué hácia el lector y le dijo:

—Para adivinar que vuestra merced debe ser un sábio, no hay sino ver que más priesa se ha dado á leer el [primer papel que ha topado, que á cenar un gazapo frito con torresnos de algarrobillas.

—Yo no tengo nada de sábio, contestó el covachuelista, y es un fenómeno que me haya ocurrido cojer ese papel creyendo que era un periódico.

—*Modestia virtus*; la modestia es una virtud. Sin embargo, la opinion que vuestra merced acaba de manifestar, aun cuando extraña, me parece digna de atencion. *Ergo suspendo meum iudicium*, suspendo mi juicio.

—Podré saber, dijo el covachuelista, cada vez más asombrado, á quién tengo el honor de hablar?

—*Baccalaurus Sanctæ Scriptioræ*, contestó su interlocutor.

Tan extravagante respuesta, dejó atónito al covachuelista: los compañeros del bachiller le invitaron á que se sentase á su mesa, en la cual acababa de poner un moceton asturiano, que por allí andaba en mangas de camisa, un lechoncillo asado y unos palominos con alcaparras, sobre unas fuentes de Talavera, en armonía con los vasos de vidrio y los cubiertos de peltre de que constaba el servicio.

—Aun cuando no sea aquí *locus docendi*, continuó el bachiller, holgárame en conferenciar con vuestra merced, que tiene traza de docto y discreto.

—He dicho á Vd. que se equivoca; á mí nunca me dió por quemarme las cejas para que un libro me diga que sí y otro que

no, que es lo que se saca de ellos; ahora que no se imprimen más que cosas escandalosas, leo menos si cabe.

—Vuestra merced es censor harto severo, y si ha leído, que sí habrá leído, *El Leon prodigioso*.....

—Será alguna novela como *Los Miserables*?

—Es la novela *Entendimiento y verdad*, ó los cuentos de filósofos, de Cosme de Tejada.

En esto se fué animando la conversacion; uno hablaba de la última fiesta; otro del auto sacramental que se acababa de estrenar; éste de las basquiñas y guarda-piés de moda; aquel de la batalla en que habia quedado manco un inválido que por allí entró pidiendo limosna.

Desde que salió de su familia, no recordaba el covachuelista haberse visto entre gentes de tan baja estofa.

—Aquí está la taza de luisa, dijo el mozo tirándole por la manga.

Este aviso le sacó de la distraccion en que estaba, y le hizo recordar la série de sus aventuras durante aquella noche.

—¡Dónde estoy! ¡señor! exclamó lleno de terror y sintiendo que se apoderaba un vértigo de su cabeza.

—Vaya un trago, dijo el bachiller poniéndole delante un vaso de vino; el covachuelista se le echó al cuerpo; estaba loco de desesperacion; sus palabras eran cada vez más incoherentes, y cuando uno de los comensales le echó en cara que estaba borracho, convino horriblemente en ello, y los suplicó á todos que hicieran venir un carruaje de plaza.

Al oír esta frase, uno de los presentes dijo resueltamente que el forastero era ruso, y los demás se le echaron á reír á carcajadas en sus barbas.

En situacion tan apurada, de la cual nada bueno se prometia, el covachuelista decidió apelar á la estratajema de la fuga; de pronto dió un salto, se colocó junto á la puerta y emprendió á correr con todas sus fuerzas en direccion al sitio donde creyó que encontraria la calle de Espoz y Mina.

Al ver esto los cuatro comensales, el bodegonero y el mozo,

salieron tras de él dando grandes voces para que le detuvieran; corría el covachuelista sintiendo de cerca las frases y los gritos de los que le perseguían; creíase ya á la vista del puerto de salvacion, pareciale hallarse en la embocadura de la Carrera de San Gerónimo, y por consiguiente en la de la calle de Espoz y Mina, cuando al dirigirse á ella se encontró con que le cerraban el paso el átrio y la altísima torre del convento de la Soledad.

Aquella contrariedad acabó de turbar á nuestro fugitivo, detúvose perplejo, llegaron los que le perseguían, hartáronle de voces y de porrazos á su sabor, sin que ninguna alma caritativa viniese á socorrerle; por fin parando los golpes que podía y haciendo esfuerzos para salir de las manos del bodeguero y sus parroquianos, se metió en lo más espeso del lodazal y le costó trabajo sacar de él los piés, dejando encerrados los chanclos y dando un tropezon que le hizo medir el suelo.

Entonces oyó que el sereno cantaba la una; centenares de carruajes cruzaban por su lado, y por las dos aceras pasaban las gentes que salían del teatro.

El covachuelista reconoció su calle, estaba en la puerta de su casa; aquel momento, en que se veía vuelto á la vida de su siglo, fué el primer momento de felicidad que tuvo desde la calorosa catilinaria que contra él habia pronunciado en la tertulia de la baronesa de Casa-Adan.

III.

La casualidad hizo que uno de los últimos números del *Diario Oficial de avisos de Madrid*, contuviera el epílogo completo de la historia que acabamos de referir.

En una de sus columnas se leía un aviso, subastando el derribo del caseron color de chocolate sin leche, vendido judicialmente por los acredores de la baronesa de Casa-Adan, cuyo escudo ha sido colocado, como escalon para bajar á la cuadra del nuevo edificio que se está construyendo.

En otro sitio del mismo periódico habia un gran anuncio de

un fabricante de chocolate, cuya laboriosidad y diligencia va haciéndole triunfar de todos sus competidores, envidiosos de la gran venta que ha llegado á hacer de su producto y del gran capital que ha reunido. Nadie adivinaria, á no saber el nombre, que aquel fabricante fuese el señorito del remiendo colorado en la levita, que por la influencia que ejercieran en su razon los chanclos colocados por el Trabajo, reunió los restos de su patrimonio, vendió el coche de cesta, dejó el remiendo á un lado, y se decidió á dedicarse á la especulacion industrial que ha hecho su suerte.

Otro anuncio habia tambien en el Diario veterano, el de la almoneda del covachuelista, que habia fallecido hacia pocos dias, víctima de una congestion cerebral, producida por las emociones de la noche que le hicieron pasar los chanclos de la Felicidad.

El criado que habia demostrado más habilidad en calentarse á la lumbre de la casa que se quemaba, fué quien se quedó con toda la Almoneda en junto. No era de gran valor en verdad; nuestro covachuelista hizo mucho dinero en sus buenos tiempos, pero lo gastó neciamente en los últimos de su vida.

LA HISTORIA DEL HOMBRE.

Habia una vez un hijo de un rey, á quien su padre procuraba preparar para que le sucediera en el trono, haciendo que adquiriese noticias de todos los pueblos y todos los países del mundo.

Como el rey lo era de una nacion bárbara, y sus ideas se hallaban en perfecta armonía con las del pueblo á quien mandaba, la instruccion que recibia el príncipe no podia estar más conforme con el estado moral de su padre y de su pueblo.

Allí donde concluía la frontera del reino, allí le decian al príncipe que empezaba el dominio de la barbárie; allí donde cambiaba el culto pagano de aquel país, allí comenzaba la tierra de maldicion; del lado acá de la cordillera que marcaba los límites de aquel estado, le decian al príncipe que estaba la supremacía, el único bien; del lado allá la ignorancia, la maldad; la orilla interior del arroyuelo que dividia aquel pueblo bárbaro de otros pueblos, estaba protegida por la Providencia; la orilla ex-

terior odiada por ella, y nada podia haber más meritorio que la obra de exterminio de los del interior contra sus vecinos.

Tales eran las doctrinas que profesaba el príncipe cuando un dia fué á pasearse solo á un bosque. Distruido en sus meditaciones sobre los medios que podria emplear cuando llegase á ser rey para acabar de una vez con todos los pueblos fronterizos, no advirtió que anocheceia y que el cielo se cubria de nubes, hasta que empezó á llover, con tal fuerza, que el cielo parecia una catarata; reinaba una oscuridad tal, que no se veia más que en el fondo de un pozo á mitad de la noche; tan pronto resvalaba el príncipe sobre la yerba mojada, tan pronto caia sobre las piedras agudas de que estaba erizado el suelo; calado de agua hasta los huesos, se veia obligado á trepar por grandes rocas cubiertas de moho espeso y reluciente; ya iba á caer rendido de cansancio, cuando oyó un ruido extraño y vió á su lado una caverna iluminada por una hoguera, en la cual se podria asar un ciervo.

Sentada junto á la fogata, se veia una mujer vieja, pero tan robusta y tan fuerte, que parecia un hombre disfrazado; de tiempo en tiempo, la vieja echaba leña al fuego. No tardó en notar la presencia del príncipe, y le dijo:

—Acércate para que se sequen tus vestidos.

—¡Qué corriente de aire hay aquí! exclamó el príncipe dejándose caer en un ribazo al lado de la lumbre.

—Más habrá cuando vengan mis hijos; estás en la caverna de los vientos; mis cuatro hijos son los cuatro vientos del mundo, ¿me comprendes?

—Explicaos mejor, ¿en qué se ocupan vuestros hijos?

—Es difícil contestar á esa estúpida pregunta; mis hijos trabajan por su cuenta y se entretienen en jugar al volante con las nubes, replicó la vieja señalando al cielo.

—Está bien, repuso el príncipe, pero hablais con rudeza, y vuestro lenguaje no tiene nada de la dulzura que acompaña al de todas las mujeres que he visto.

—Es que ellas no tienen necesidad de usar otro, y á mí me

hace falta ser ruda para tener á raya á mis muchachos, así estoy segura de domarlos aunque tienen mala cabeza. Mira esos cuatro sacos colgados de la pared, mis hijos los temen como los niños temen las disciplinas colgadas de un clavo cerca de la chimenea; yo sé obligarlos á plegarse, y cuando me acomoda, los encierro en el saco, donde permanecen hasta que quiero ponerlos en libertad. Ya está ahí uno.

Era el viento del Norte; venia acompañado de un frio glacial; por el camino iba dejando caer grandes témpanos de hieloy no pequeños copos de nieve; al llegarse quitó el ropin y la gorra de piel de oso que le cubria, y se quedó con un lujoso vestido europeo.

—No os acerqueis de repente al fuego, le dijo el príncipe, os exponéis á coger un catarro.

—¡Un catarro! repitió el viento del Norte, riendo á carcajadas, ¡un catarro! pues ¿acaso hay cosa que más me guste? Pero ¿quién eres tú, hombrecillo, que te has atrevido á venir á la caverna de los vientos?

—Es mi huésped, contestó la vieja, y si no te satisface esta explicacion, ten cuidado con el saco; ya sabes cómo las gasto.

El viento Norte se calló, y empezó á contar de dónde venia y cómo habia empleado el último mes.

—Acabo de venir del mar polar, dijo, he pasado una temporada en el país de los osos, con los rusos, que estaban pescando. Me habia dormido sobre el timon cuando doblaron el cabo del Norté. ¡Qué país tan magnífico! ¡qué hermoso pavimento para bailar! Liso y terso como un plato de porcelana; allí es donde hay que ver las nieves perpétuas, como si á aquella region no hubiera llegado el sol jamás. Despues de haber alejado las nieblas de un soplo, ví una casa construida con los restos de un navío y cubierta con pieles de morsas; por encima se paseaba un enorme oso blanco. Me fuí á la ribera, y me divertí en ver los nidos de pájaros, cuyos hijuelos, todavía sin pluma, empezaban á piar; dí un soplido sobre millares de aquellos bichos, y los enseñé á cerrar el pico. Más lejos andaban rodando las morsas con sus cabezas de puerco y sus enormes colmillos.

—Cuentas bien, hijo mio, le dijo la vieja; la boca se me hace agua escuchándote.

—Entonces comenzó la pesca; clavarón los arpones sobre el costado de una morsa, y de pronto saltó sobre el hielo un chorro de sangre humeante; entonces me acordé de mi papel, me puse á soplar y ordené á mis tropas, colocadas en las altas montañas de hielo, que marcharan contra las lanchas de pescadores. ¡Qué tumulto hubo entonces! ¡cómo gritaban! ¡cómo silbaban! Pero más que ellos todavía silbaba yo; viéronse obligados á desembarcar las morsas que habian matado y todo lo que les estorbaba; enseguida sacudí sobre ellos grandes copos de nieve y les hice navegar hácia el Sur; creo que no se atreverán á volver al país de los osos.

—¡Cuántos males has hecho! dijo la madre de los vientos.

—Veremos los bienes que han hecho otros; ahí está mi hermano el Oeste; dicen que es el mejor porque serena el mar y produce una frescura deliciosa.

—¿Es el zéfiro? preguntó el príncipe.

—Sí, Zéfiro, así le nombraban en otro tiempo.

Zéfiro se presentó hecho un salvaje; traia plumas en la cabeza, anillo en las narices y un arco de caoba cortado en los bosques de América.

—¿De dónde vienes? le preguntó la madre.

—De las selvas desiertas, donde la vejetacion forma una barrera de árbol á árbol, donde la serpiente acuática se arrastra sobre la yerba húmeda y donde el hombre sobra.

—Y ¿qué hacias tú por allá?

—Mirar al rio que se precipita de las rocas, se convierte en polvo, sube hasta las nubes y forma el arco-iris; contemplar al búfalo arrastrado por el torrente y á una banda de ánades que le seguian á flor de agua; pero pronto remontaron el vuelo y llegaron á las cataratas, mientras que el búfalo desapareció en el fondo. ¡Qué hermoso espectáculo! Lleno de alegría soplé una tempestad, con tanta fuerza, que los árboles más antiguos caian arrancados de raíz y rodaban por el suelo como una hoja seca,

—¿Y es eso todo lo que has hecho?

—Me he paseado por las llanuras, he acariciado las cines de los caballos salvajes y derribado el fruto de los Cocoterós.

La cosa es larga de contar, pero no hay que decirlo todo de una vez, ¿no es verdad, madre?

La pregunta fué acompañada de un abrazo tal, á la vieja, que faltó poco para que la hiciera caer; el dichoso hijo era completamente un salvaje.

Entonces se presentó el viento Sur, con el turbante y el jaique de beduino.

—¿Qué frío hace aquí! exclamó y echó un leño á la hoguera; bien se conoce que el primero que ha llegado ha sido el Norte.

—Hace tal calor, contestó éste, que se puede asar un oso blanco.

—¿Tú sí que eres oso blanco! replicó el Sur.

—Ya viniste tú, ya empezó la guerra, dijo la vieja.

—¿Como siempre! exclamaron el Norte y el Oeste á la vez; será preciso sujetar á ese canella.

Al oírse llamar así, el Sur se puso tan furioso, que los dos hermanos tuvieron que cojerle y atarle con una cadena que á prevención, segun parece, estaba fija en la roca.

—Vaya, siéntate, le dijo la madre, y dáme cuenta de dónde has estado.

—En Africa, madre, en la caza del leon, con los hotentotes, en el país de los cafres: un avestruz me ha desafiado á correr, pero yo he probado que soy más listo que él; enseguida me he ido al desierto, donde la arena amarilla hace el efecto del fondo del mar; pasaba una caravana, se detuvo, y para apagar la sed mató el último camello que la quedaba; pero el animal tenia una próvion de agua muy escasa. El sol abrasaba la cabeza de los viajeros, y la arena tostaba los piés; el desierto se extendia hasta lo infinito; entonces arrastrándome por la arena fina y ligera, la hice moverse en torbellinos y en columnas rápidas. ¡Qué danza! era lo más divertido que puede darse; el dromedario se detenia espantado; el mercader envolvía en el jaique su cabeza marea-

da, y se prosternaba ante mí como ante Alá, su Dios. Allí quedaron todos enterrados; sobre sus cuerpos levanté una pirámide de arena, pero no tengo más que soplar para que el sol blanquee sus huesos y los viajeros vean lo que les ha sucedido á otros hombres; sin esa prueba no lo creerian.

—No has hecho más que males, eres el peor de todos mis hijos.

El Sur hizo un gesto de rábía; la madre tuvo que formalizarse para contener á aquel hijo rebelde.

—¡Intrépidos son vuestros hijos! dijo el príncipe.

—Sí lo son, contestó la vieja, pero yo sé contenerlos. Aquí viene el que faltaba, si no me engaño.

En efecto, apareció el viento Este vestido de chino.

—Ya se ve de dónde vienes, le dijo la madre.

—He bailado alrededor de la torre de porcelana, haciendo sonar todas las campanillas: ¡qué país tan original! Mientras que yo me divertía así, administraban una dosis de palos en los piés á unos cuantos empleados, aunque pertenecian á la primera y á la novena clase, y á cada golpe repetian: ¡gracias, señor! ¡gracias, emperador nuestro! ¡padre nuestro! ¡bienhechor nuestro! Yo preferia mover las campanillas que cantaban muy bien.

—¡Qué contento estás!

—Os traigo un regalo; he llenado los bolsillos de té verde, cogido por mí mismo.

—Mandadme soltar, dijo el Viento Sur á su madre, y yo os haré un regalo que vale mucho más que ese.

La vieja le soltó.

—Hé aquí una hoja de palmera, dijo el Sur, me la ha dado el antiguo pájaro Fénix, el único que existe en el mundo; en ella trazó con su pico toda la historia de los hombres desde que el mundo es mundo.

El príncipe permanecía pensativo, despues de los viajes maravillosos cuya relacion acababa de oír, y envidioso de ellos, preguntó si querria llevarle consigo alguno de los vientos; el Este fué el primero que se brindó á ello, y todos, menos el Sur, se prestaron á su deseo.